
LANCE KING:
PIONERO
DEL
TIEMPO
POR
KAREL
STERLING
GRASSA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

# LANCE KING: PIONERO DEL TIEMPO


Karel Sterling
LANCE KING:
PIONERO DEL TIEMPO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

## Personajes Principales

Lance King. —Primer hombre que viajó a través del Tiempo.

Lee Bratuchin. —Inventor del «Métrico Tempo».

Dereck Braum. —Ayudante del profesor Bratuchin.

Eldreth Gee. —Joven californiana, miembro del Consejo de la Salvación.

Carolina Eldreth. —Bisabuela de Eldreth Gee.

James Mougham. —Coronel jefe de escuadrilla interplanetaria.

Mister Waughme. —Presidente del Consejo de la Salvación.

H. Wheston. —Enigmático representante del planetoide Massa-Bhira.

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTÍSTICA




## PROLOGO

Considero necesario el presente prólogo para justificarme ante

los lectores por cuanto de irrealizable encontrarán en las siguientes páginas. El género de «Science fiction», hoy en boga en todas las latitudes, permite al autor desbordar libremente su fantasía en torno a cuestiones que en un futuro, tal vez no muy lejano, llenarán cotidianamente la realidad. Virtualmente, la navegación estelar está resuelta; mucho más resuelta que hace doscientos años lo estaba la aviación. Hoy se conocen a fondo los problemas, se calculan con exactitud los factores que intervendrán en el desarrollo de los planes astronáuticas, se posee incluso la certeza de la ilimitada capacidad humana de adaptación. Sólo faltan los «pequeños» detalles: carburantes, medios de vencer la gravedad, materiales resistentes a la fricción, etc. Yendo un poco más lejos, no es difícil vaticinar el intercambio comercial y cultural que se establecerá entre la Tierra y otros planetas-, sobrevendrán dificultades, amenazas, conflictos económicos y hasta contiendas interplanetarias. Estas serán las consecuencias inevitables de las expansiones futuras. Siempre ha ocurrido así a través de cada peldaño de la civilización. Un día llegará en que la Historia Universal responderá efectivamente a tal denominación, y nuestros descendientes estudiarán la Conquista de Eros, la destrucción de Venus, el Tratado de Paz Planetario, la Sociedad de Satélites, y otras lecciones semejantes.

Sobre tal materia se especula actualmente. Hoy ya no resulta demasiado original la descripción de una invasión terrestre en Marte o viceversa. Todo se ha dicho con mayor o menor acierto. Pero queda todavía un factor dimensión, de ilimitadas posibilidades, acerca del cual se ha hablado poco y se ha experimentado menos: el Tiempo. Sólo Einstein y algunos de sus seguidores intuyeron la prodigiosa revolución que se originaría si esta dimensión pudiese ser controlada por el hombre, como lo son actualmente las demás. ¿Qué ocurriría si el tiempo pudiera ser desplazado de su inaccesible trono? ¿Qué consecuencias se derivarían de ello? ¿Qué inmenso caudal de experiencias lograríamos adquirir sin esfuerzo alguno?

Las respuestas a las anteriores preguntas me dieron el argumento de la presente novela. La historia que conocerán a continuación es la de un hombre que viajó a través del Tiempo en el periodo más dramático de la civilización; cuando las sombras de los cuatro jinetes de la Apocalipsis se cernían implacables sobre la Tierra; cuando la Muerte dijo: FIN.

Al permitir esta libertad a mis escasas dotes imaginativas y plasmar en cuartillas el bosquejo de una suposición irrealizable, lo hice reflexionando que autores infinitamente más audaces que yo en sus concepciones —Verne, Wells, etc. — vieron superadas sus fantasías por la realidad. Ningún problema que se base en hipótesis científicas quedará sin realizar en un plazo más o menos breve. La

mente humana, por suerte o por desgracia, carece de la facultad de adivinar lo inadivinable. Si un hombre piensa que un día pondrá sus plantas en la Luna es porque Dios le ha capacitado para hacerlo, como igualmente facultó a nuestro primer antepasado que intuyó imitar el vuelo de las aves.

Y no olvidemos, esta es mi justificación, que Einstein intuyó que el tiempo era una dimensión transitable, o sea controlable por el hombre.

# PRIMERA PARTE

# CAPITULO PRIMERO

## EL EXPERIMENTO

El experimento tuvo lugar la noche del cinco de mayo de 1957. Lance King, principal protagonista, llegó un poco retrasado a la cita y se excusó por ello ante el profesor Bratuchin.

—Pensamos que te había sucedido algo —dijo Lee Bratuchin con acento paternal. Era un vejete simpático, completamente calvo y usaba grandes anteojos de concha.

Lance King sonrió.

—Estuve en un tris de no venir —replicó—. Me entró pánico al final. Tengo el presentimiento de que va a fallar algo.

—Estás a tiempo de arrepentirte. En realidad, tú lo sabes bien, no sabemos lo que va a pasar. Una cosa es la teoría y otra muy distinta la experiencia. De todos modos, hasta ahora mis cálculos han resultado exactos, lo cual te dará cierta tranquilidad.

—Dígale lo de esta tarde —aconsejó Derek Braum, ayudante del profesor y único testigo de la entrevista.

Bratuchin se quitó las gafas.

—Puse dos cobayos recién nacidos en el área de experimentación. Gradué el «Métrico Tempo» a fin de lograr un avance de seis meses, edad aproximada de la madre de los cobayos. Cuando los saqué del área no se diferenciaban de aquella ni en peso ni tamaño. El análisis fisiológico reveló que se había producido una evolución de medio año en tan solo diez segundos. Sin embargo... —Bratuchin se detuvo temeroso.

—Sin embargo ¿qué? —instó el joven King.

—Uno de los cobayos murió. Pudo ser por cualquier causa distinta al experimento, claro está —se apresuró a añadir el hombre de ciencia.

Lance King Volvió a sonreír. Era un hombre joven, de atlética complexión y rostro atractivo. Californiano de pura cepa, evidenciaba en todos sus rasgos el distintivo arrogante de su origen español. Tenía el cabello y los ojos muy negros, la frente amplia y la nariz correcta aún dentro de una leve inclinación aguileña.

—Pero yo no soy un cobayo, por fortuna —contestó—. Además, no se trata de remontarse en el tiempo sino de descender. Es esto

más fácil ¿no es cierto?

Bratuchin le invitó a tomar asiento. A su vez, él lo hizo junto a su ayudante Braum. Se hallaban en un confortable salón de la casa, situado encima mismo del área de experimentación aludida por el profesor.

—Lo de fácil y difícil es puramente relativo —dijo—. Antes, muy poco antes de morir, Einstein especuló acertadamente sobre la relación entre el espacio y el tiempo. Han pasado varios años desde entonces y ningún científico ha dado con una de las soluciones apuntadas; excepto yo, naturalmente. El secreto no ha salido de estas cuatro paredes. Sólo lo conocemos Braum, tú y yo. Ahora bien, no debo vanagloriarme de lo que únicamente fue una casualidad. Esto no lo sabías ¿verdad, King?

El joven denegó con la cabeza. El interés asomaba a sus facciones.

—Fue una casualidad —repitió Bratuchin lentamente—. No sé a quién se le ocurriría primero; si a Braum o a mí. Recuerdo que una noche planteamos el problema siguiente: ¿qué pasaría si usáramos las ondas radioactivas sobre seres vivientes, a velocidades superiores a la de la luz, y dosificándolas de manera de no destruir la vida misma? Entre nosotros, formular un problema que originara un interés común equivalía a ponerse a la tarea. Empezamos a trabajar en el laboratorio. Aquel « ¿qué pasaría?» no era una novedad absoluta. Lo interesante es que nunca se había intentado a fondo y que todos los ensayos fueron balbuceos terminados en un fracaso. El célebre investigador francés Pierre Delapport perdió la vida intentándolo. Así es que, como puedes figurarte, pusimos en el trabajo un fervor ilimitado. Braum consiguió que le prestaran el «emisor Durban» y el Laboratorio de Cibernética de San Francisco nos proporcionó las máquinas necesarias para llegar en un segundo a las más impresionantes ecuaciones.

«Las cosas no fueron muy alentadoras al principio, pero esto suele acontecer en cualquier investigación normal. Repetimos hasta el cansancio las experiencias conocidas; diezmamos batallones de cobayos buscando ese peligroso punto que se hallaba en algún momento indeterminado entre la innocuidad real y la muerte absoluta. Ninguna de las cosas que averiguamos resultó una novedad. Pero fuimos adelantando progresivamente a medida que afinábamos nuestra puntería. Conseguimos comprobar unas cuantas cosas raras, es verdad, pero no muy alejadas de otras que ya se conocían. Un día nos decidimos a pasear dos cobayos marcados en el cruce de dos emisiones alternadas. Cruzar dos emisiones alternadas ya era un simple virtuosismo; aún no me explico por qué se nos ocurrió. A partir de entonces comenzaron a enredarse las cosas de un modo gradual y

misterioso. Braum fue el primero en anotar una serie de raros fenómenos en aquella famosa pareja de cobayos. Me señaló las evidencias de los cambios sufridos en su relación y, ya sobre la pista, nos lanzamos a comprobar todo lo comprobable del caso. Medimos, pesamos y analizamos a los cobayos pelo por pelo. Pese a sus similitudes biológicas, que aseguraban certificadamente un desarrollo unitario para ambos, el X-31 había bajado de peso en forma notable con respecto a su colega, el X-32; es decir había disminuido de edad, había viajado en el tiempo de un modo retrospectivo. Lo demás fue una simple repetición de experimentos. Y como consecuencia lógica llegamos a este punto; si un mero ratoncillo podía trasladarse a una época determinada del pasado, exactamente igual sucedería con un hombre.

—Y me eligieron a mí como cobayo —declaró Lance King con acento de sarcasmo.

Lee Bratuchin encendió un cigarrillo antes de contestar. Después le miró fríamente a través de la azulada columna de humo.

—Te elegimos a ti porque eras el sujeto más apropiado. Tu vida no valía gran cosa cuando decidiste suicidarte. Eso dijiste al menos. Tu socio te había arruinado, tu prometida prefirió no arrostrar las consecuencias de la catástrofe económica y la caída desde el piso treinta de un rascacielos parecía tener un extraño atractivo para ti. Yo estaba en la ventana de al lado y te hice una pregunta: « ¿Prefieres morir de un modo útil a la humanidad?» Ignoro lo que te alentó a dar una respuesta afirmativa, pero el caso es que la diste. ¿Recuerdas?

Lance King asintió sombrío al evocar el reciente suceso.

—Estaba furioso con todos y conmigo mismo —dijo— Ustedes cambiaron mi destino.

—De eso se trata precisamente —insistió Bratuchin—; de saber si una persona puede cambiar su destino. Es evidente que la materia se desplaza en el tiempo pero ¿y la mente? Suponte por un momento que das un salto de tres años atrás; tu sistema orgánico habrá sufrido ciertas transformaciones con arreglo al retroceso experimentado. Ello es un hecho inmutable. Por el contrario, es imposible saber lo que ha sucedido con tus pensamientos, tus recuerdos, tus ideas.

—Creo que voy comprendiendo —Lance se rascó la barbilla pensativamente—. Intentaré explicarme. Hace tres años yo no conocía a mi socio ni a mi prometida. Mi fortuna ascendía a medio millón de dólares. Acumulando mis conocimientos actuales con los de entonces, lo natural sería rectificar el futuro, o sea elegir otro socio y otra mujer.

—Has dado en el clavo —Bratuchin se frotó las manos entusiasmado—. No puedo imaginar siquiera el desencadenamiento de hechos curiosos que se producirá. Si tú cambias el futuro con

respecto a tu propia personalidad, otro tanto sucederá con el de los demás sujetos contigo relacionados. Tu novia, tu socio...

—Nosotros —completó Braum irónicamente.

— ¡Justo! ¡Nosotros! —los vivaces ojillos del científico brillaron excitados—. ¡Nuestro futuro también variará! ¡Será algo fantástico!

Lance sonrió escéptico.

—Quizá no ocurra nada de eso —dijo—. ¿Qué porcentaje de fracasos han tenido ustedes en sus experimentos?

Bratuchin reflexionó durante unos instantes.

—Aproximadamente un cincuenta por ciento. Pero no todos los fracasos han culminado en la muerte...

—No se preocupe por eso —Lance se puso en pie y consultó su reloj de pulsera—. Por mi parte estoy preparado.

—Un momento —observó el hombre de ciencia—. Quiero hacerte una pregunta antes de comenzar: ¿Cuánto tiempo hace que adquiriste ese traje?

Lance enarcó las cejas en un gesto de sorpresa.

—Unos meses... ¿Por qué?

Bratuchin se echó a reír...

—O sea que será de fabricación reciente —dijo—. Nada de particular tendría que salieras del experimento con el traje de Adán. La materia se transforma, recuérdalo. Es muy posible que el algodón de este temo vuelva a su estado primitivo; y lo mismo sucederá con tus zapatos y calcetines.

—En ese caso tendrá que ir haciéndose a la idea de prestarme algo de su indumentaria —replicó Lance con un dejo de ironía—. ¿O debo cambiarme antes?

— ¡No, no! —protestó Bratuchin—. Quiero comprobar hasta el último detalle.

—Como usted guste, profesor. Quedamos entonces en que serán tres años ¿no es cierto?

—He calculado la época crucial de tu vida, según los datos que me referiste. Si se produce alguna diferencia será muy escasa. Días o semanas, todo lo más.

Braum irguió su elevada y seca figura y se dirigió hacia la puerta para abrirla. En sus labios se dibujó una sonrisa burlona que pasó desapercibida a los otros dos.

Bajaron la escalerilla que conducía al sótano. Al pie de ella había una gran esfera metálica sujeta por unos descansillos a una especie de raíles que se perdían en la oscuridad del lóbrego antro.

Bratuchin oprimió un resorte de la esfera y al instante se abrió una portezuela por la que difícilmente cabía un hombre. Su interior quedó iluminado por una luz violácea.

Lance King experimentó un escalofrío al observar la serie de

complicados mecanismos que se alineaban dentro de aquella cabina.

El profesor se introdujo primero.

—Permanecerás quince segundos dentro del área experimental —indicóle—. Luego bajarás esta palanca. Ya no te preocupes de más; la esfera retrocederá hasta su punto de partida, o mejor dicho hasta este mismo lugar. Recuérdalo bien: quince segundos solamente. Una exposición prolongada te acarrearía la muerte.

King alargó su diestra a Bratuchin.

—Deséeme suerte —dijo intentando esbozar una sonrisa jovial —. Nos volveremos a ver en el año 1954.

Braum estrechó a su vez la mano de King.

—Si logramos el éxito —dijo—, será usted el hombre más famoso del mundo; ¡el primer pionero del tiempo!

Jamás supo Lance King por qué tuvo aquel presentimiento. Quizá la terrible sospecha de que iba a ocurrir algo totalmente diferente a lo previsto se derivó de la expresión que involuntariamente se reflejó en el semblante de Braum.

Bratuchin se despidió de nuevo y cerró la portezuela. Sus apacibles facciones expresaron ahora el temor.

— ¡Dios quiera que todo salga bien! —murmuró—. Si algo le ocurre a King no podría perdonármelo nunca.

Al tiempo que se dirigían hacia el laboratorio contiguo al túnel, Braum alentó a su maestro.

—No hay nada que temer —declaró—. Hace un rato comprobé el «emisor Durban» y funcionaba perfectamente. El fallo puede derivarse únicamente de él... y de King. Aunque cronometrar quince segundos no reviste ninguna dificultad.

Bratuchin no respondió. Ante un enorme cuadro de mandos se hallaba entregado a la tarea de repasar los circuitos y conexiones. Al cabo de unos segundos dijo con voz ligeramente alterada.

—Todo preparado.

Braun puso en marcha el «emisor Durban». Sonó un leve zumbido y la habitación se sumió en la oscuridad. Transcurrido un cuarto de minuto, las luces se volvieron a encender y el zumbido cesó automáticamente.

Bratuchin se limpió el sudor del rostro y miró a su ayudante. Este daba igualmente muestras de nerviosismo. Sus ascéticas facciones sonrieron.

—Ahora faltaba la comprobación —dijo.

Bratuchin se persignó y salió del laboratorio, seguido de Braum.

La esfera metálica se hallaba en su primitivo lugar. Con mano temblorosa, el científico oprimió el dispositivo que abría la compuerta.

Un grito de sorpresa se escapó de sus labios. Al retroceder tropezó violentamente con Braum.

¡La esfera aparecía sin ocupante alguno!

— ¡No es posible! —exclamó Braum pálido como la cera— ¡King se ha esfumado en el aire!

Como una exhalación, Bratuchin penetró en el laboratorio. Todo su ser temblaba de pánico al efectuar la exploración radárica del área de experimentación.

Cuando finalizó se volvió a Braum que le contemplaba atónito.

— ¡Tampoco está dentro! —casi gritó— ¿Qué has hecho, Braum? ¡Me traicionaste...!

El ayudante abrió los ojos desmesuradamente. Un gesto de súplica crispó sus facciones.

— ¡Perdón, profesor! ¡Nunca pude pensar lo que iba a ocurrir...! Quise perfeccionar el experimento... No... no puede usted pensar mal de mí...

— ¡Desgraciado! —Bratuchin se abalanzó sobre Braum y le zarandeó sin piedad— ¿Qué hiciste? ¡Dímelo ahora mismo...!

—Transmuté... transmuté las emisiones alternadas—contestó Braum aterrorizado—. Quería solamente saber si...

No pudo continuar, Bratuchin le fulminó con un formidable puñetazo que le alcanzó en pleno rostro. Cayó sin exhalar un quejido.

* * *

Lance King se vio súbitamente transportado a un mundo distinto. Su estupor no tuvo límites al observar la extraña indumentaria de las gentes y los inverosímiles vehículos que circulaban a corta distancia suya. Los viandantes le miraban a su vez intrigados y algunos reían disimuladamente al pasar por su lado.

Sin saber por qué, se detuvo frente a un escaparate de revistas. Le llamó la atención los grandes titulares de una de ellas.

> «Ultimátum a la Tierra. El ataque es inminente. Devan Costigan anuncia que los invasores de «Massa Bhira» serán rechazados si se cuenta con la serenidad necesaria».

Cada vez más asombrado, Lance King posó su mirada en el recuadro de la portada que indicaba la fecha. La cabeza comenzó a darle vueltas. Y la cosa no era para menos, porque lo que leyó fue:

«5 de mayo de. 2057»

¡Habían transcurrido exactamente cien años desde que se introdujo en la esfera del profesor Bratuchin!

Alguien le tocó en el hombro. El contacto le volvió súbitamente a la realidad.

Era un individuo ataviado con un ajustado traje de apariencia metálica. Sus facciones expresaban el disgusto.

—Yo de usted no iría así por la calle —le advirtió en correcto inglés—. Se expone a que un policía menos indulgente que yo le envíe a las prisiones de Marte.

# CAPITULO II

## G-NIELSEN 3

LANCE King no tenía la menor idea de que ciudad era aquella. El acento con que hablaban sus habitantes era tan americano como él mismo; luego se encontraba en América. Pero este simple dato no le bastaba para comenzar su nueva aclimatación. Y mientras llevara aquel anacrónico vestido del siglo veinte, meterse a indagaciones de semejante Índole equivalía a que le tomaran por loco.

Guardando difícilmente el equilibrio se dejó llevar por una acera deslizante que le condujo al extremo de una calle poco iluminada y menos aún frecuentada.

Se metió por un callejón oscuro y al parecer sin salida. De esto se dio cuenta cuando ya había recorrido más de la mitad del trecho.

Pasó por delante de una cafetería de la que salía una música de ritmo trepidante y desacorde. A punto de volver sobre sus pasos. Lance observó cómo uno de los clientes, tambaleándose y medio borracho, abandonaba el local.

Quedó un momento expectante. Se le acababa de ocurrir una idea salvadora. El borracho caminaba despacio y arrimado a la pared, dirigiéndose hacia el extremo sin salida.

King le siguió cautelosamente. La oscuridad era solo horadada por el tenue titilar de los astros. El inconfundible chapoteo del discurrir de un arroyo o acequia llegó a los oídos del joven. Indudablemente la calle finalizaba allí.

De pronto, el beodo pareció tropezar en algún obstáculo y cayó al suelo quedando tendido cuan largo era.

Lance King se arrodilló junto al inerte cuerpo.

— ¡Eh, amigo! —llamó a la vez que volvía su rostro boca arriba —. La ha cogido bien esta ocasión. Oiga, conteste...

El silencio fue la respuesta.

King rebuscó en sus bolsillos para hallar un fósforo. Al encenderlo pudo contemplar la cara del sujeto. Era bastante joven y bien parecido; la configuración de su cráneo, completamente afeitado, revelaba las características de una poderosa mentalidad. Tenía los ojos cerrados en completa inmovilidad.

Lance echó una mirada en derredor suyo para percatarse de que nadie le observaba. Cargó con el cuerpo a cuestas y anduvo hasta el final del callejón. Este se bifurcaba en dos sendas; una de

ellas continuaba hasta el arroyuelo y después se prolongaba por medio de una especie de pasarela metálica. Luego venía el descampado. Más allá, a cosa de un par de millas, fulguraban las luces de otra ciudad.

King cruzó la pasarela y tras escoger un lugar adecuado procedió a cambiar su vestimenta con la del beodo. Ambos eran de parecida estatura y corpulencia. El traje consistía en un pantalón ajustado hasta el tobillo y un fino «sweter» de sedosa y transparente malla. Las dos prendas eran de color rojo pálido y pesaban apenas unos gramos cada una. El joven comprobó extrañado cómo la liviandad no era obstáculo para que abrigasen.

El pantalón tenía dos bolsillos con cierre de cremallera. King no halló en ellos dinero pero sí, en cambio, una tarjeta de identidad a nombre de G-Nielsen 3. A la luz de un nuevo fósforo pudo leer las características de aquel sujeto. Su asombro no fue leve al ver que su edad era de sesenta y cinco años. En uno de los recuadros de la tarjeta iba impresa una huella dactilar y en otro una larga lista de datos fisiológicos. Cosa curiosa, no había ninguna fotografía ni firma.

King encontró también un pequeño rectángulo de papel plástico en el que se leía la siguiente inscripción:

«Halcyon 3007 - 16 mayo - 6 y 35.
Contraseña: ASGARD»

Una cita, sin duda, pensó King guardándose el papel a continuación. Trasladó después a sus bolsillos su propia documentación y dinero. Cuando ya estaba a punto de dar por terminada su labor, apercibióse de que su reloj de pulsera podía llamar la atención en aquel siglo veintiuno. Así, pues, quitó a Nielsen el suyo y procedió a ajustárselo en su muñeca izquierda. Era una simple esfera de material plástico sin divisiones ni saetas. Constaba de dos círculos diminutos iluminados con distinta tonalidad, cada uno de los cuales marcaba una cifra. El círculo de la izquierda señalaba el día y el mes y el de la derecha la hora, minutos y segundos. Naturalmente, este último variaba con rápidas oscilaciones a semejanza de los cuentamillas de los automóviles.

Al comparar la hora de los dos relojes, King vio sus manos manchadas de sangre. Guiado por un súbito presentimiento, trató de tomar el pulso al desvanecido Nielsen. Una comprobación posterior le reveló que aquel hombre estaba muerto. Tenía la base del cráneo fracturada por la parte occipital.

De momento quedó sin saber qué hacer. Pero Lance King no era un hombre dado a las vacilaciones. Desde muy joven había aprendido a hacer trente a la vida en cualquiera de sus manifestaciones. Y sabía también de la inutilidad en lamentar lo

inevitable. El que un día olvidara estas enseñanzas y se dispusiera a truncar su existencia, sólo significaba un arrebato momentáneo. De ordinario, Lance King poseía unos nervios acerados y un formidable poder de adaptación.

A fin de no ser descubierto posteriormente. King prendió fuego a sus ropas y arrojó las cenizas al riachuelo. Por último destrozó el reloj hasta convertirlo en un irreconocible amasijo metálico que enterró en el barrillo de una de las márgenes.

Un cuarto de hora después penetraba nuevamente en el bullicio de la ciudad. Su esperanza de pasar desapercibido resultó defraudada. Los hombres y las mujeres continuaban mirándole con intranquilizadora insistencia. Su vestimenta, sin embargo, no difería de la de sus semejantes sino en las variaciones de color.

Pronto cayó en la causa: su cabello. Aquella hermosa mata de negros rizos desentonaba con el desnudo cráneo de todos los hombres. Debía ser una moda o tal vez una extraña ley.

Afortunadamente, sus pasos le llevaron por casualidad ante el establecimiento adecuado. El personal de la peluquería era totalmente femenino.

Su entrada provocó un murmullo de expectación Sintiéndose enrojecer tomó asiento en uno de los sillones. Inmediatamente se le acercó una muchacha. King vio a través del espejo que tenía enfrente la asombrada actitud del resto de la dependencia. Era él el único parroquiano.

—El pelo, por favor —dijo.

Aquella frase tan comúnmente usada, produjo el efecto de un regocijante chiste. Las risas se desbordaron incontenibles. Todas las dependientas, a excepción de la que atendía al joven, desaparecieron en la trastienda, seguramente para mejor dar rienda suelta a sus carcajadas.

King experimentó un cosquilleo desagradable. La ridícula escena de que estaba siendo protagonista le puso de malhumor.

—¿Qué hay de particular en que yo me quiera cortar el cabello? —preguntó—. Supongo que todos los hombres lo habrán hecho aunque sea una vez en su vida.

La peluquera compuso el gesto a duras penas.

—¿Lo desea al rape? —inquirió con acento que quería ser solícito

—Pues sí —replicó King—. He llegado a un punto que no puedo resistir las miradas idiotas de la gente.

La muchacha se tapó la boca para impedir que brotara de ella una nueva carcajada.

—Habrá sufrido mucho ¿verdad, señor?

Lance King sonrió sarcástico.

—Nada de eso —contestó—. Vengo de un lugar donde el cabello es considerado punto menos que imprescindible. Muchos hombres se han enriquecido allí vendiendo productos regeneradores.

—Perdone mi extrañeza: soy bastante ignorante en «Humanidades Extraterrestres». Desconocía que hubiera seres tan parecidos a nosotros en otros planetas.

King no replicó. Preguntóse interiormente si la joven se estaría burlando de él. Su expresión parecía sincera; sin embargo, aquello de «Humanidades Extraterrestres» podía significar muy bien una chanza.

Un segundo después, su cabeza fue introducida en una especie de casco que le cubrió hasta las cejas. Sonó un zumbido casi imperceptible y al ser retirado el casco todo el cabello había desaparecido.

—Servido el señor —dijo la dependienta—. Está usted así mucho más favorecido.

King se contempló en el espejo con no poco disgusto. Aun en su inverosímil situación, la pérdida de su adorno capilar le produjo una sensación de inferioridad como no había experimentado nunca.

Ahora enfrentóse con el problema de pagar. Llevaba aproximadamente unos doscientos dólares pero... doscientos dólares del siglo veinte.

No obstante, se enfrentó valientemente con la realidad.

—¿Cuánto le debo? —inquirió llevándose la diestra al bolsillo.

Otro gesto de extrañeza por parte de la muchacha.

—¿Cuánto qué...?

King sintió que el nerviosismo se apoderaba de él.

—Le pregunté cuánto dinero vale el servicio —declaró con cierta aspereza.

—Todo es gratis en la Tierra, señor —contestó ella—. Todo el mundo menos yo, por supuesto —dijo—. Usted se preguntará ante qué clase de loco está ¿verdad?

—Me pregunto simplemente, de dónde será usted —la bella peluquera le escrutó con infantil curiosidad.

—¿Conoce un lugar de California llamado Los Ángeles?

—Lo oí nombrar.

—Yo soy de allí.

La joven le miró recelosa.

—Querrá decir que es de aquí.

— ¡De aquí! —King fue incapaz de disimular su asombro— ¿Esta ciudad es Los Ángeles? ¡Imposible!

—¿Se las da de gracioso?

Lance consultó el cronómetro.

—¿A qué hora termina usted su labor? —inquirió notando que el sudor afluía a su frente.

—Su estilo de interesar a las mujeres es completamente nuevo. Pero a pesar de la originalidad pierde el tiempo.

— ¡Qué estilo ni qué diablos! No trato de interesarla; solamente quiero hablar con usted y que me explique unas cuantas cosas. Voy a serle sincero: es usted la única persona que conozco en la Tierra; mejor dicho, en el Universo entero. ¿Quiere acceder a mi petición? ¡Se lo suplico!

El acento de sinceridad de King tuvo un poder persuasivo que anuló el aspecto grotesco de la escena.

—Me llamo Eldreth Gee —dijo la joven—. Dentro de media hora estaré libre y en disposición de salir con usted. Y Dios me libre de que no sea un loco realmente.

—Mi nombre es Lance King —presentóse él un tanto más aliviado—. Vendré a recogerla dentro de media hora. No se puede formar una idea de cuánto se lo agradezco.

Durante aquellos treinta minutos de espera. Lance King se dedicó a recorrer una zona de la ciudad. En esta nueva aparición en público, el joven comprobó su paso desapercibido. Evidentemente la curiosidad despertada anteriormente era debida a su acicalada cabellera.

Una inmensa gama de sensaciones se infiltró en su espíritu al observar que, efectivamente, se encontraba en Los Ángeles, la ciudad de donde partió para un viaje de cien años. Su asombrada mirada se detenía especialmente en los rótulos de las calles. Habían variado las construcciones, algunas parecían más bien alocados productos de la imaginación, pero los nombres de aquéllas subsistían.

Tras una indagación, King llegó al paseo de los Rosales y se detuvo frente al número 52; correspondía a un rascacielos de enorme magnitud cuyas ventanas se hallaban vivamente iluminadas. Era, sin duda, un edificio comercial.

Hasta ese instante, Lance King no se había metido, como vulgarmente se dice, en el interior de su problema. Consideraba todas sus facetas con la objetividad de un espectador. Quizá se debiera a lo fantástico de la situación; su asombro más bien era perplejidad; una perplejidad que embotaba los resortes de su mente impidiéndola raciocinar normalmente. Incluso se preguntaba si no sería todo un sueño, una alucinante pesadilla.

Pero la visión del número 52 le enfrentó brutalmente con la realidad. En los sótanos de aquella casa se verificó el experimento del profesor Bratuchin. Para él, Lance King, ciudadano de los Estados Unidos, había transcurrido poco más de una hora; para el resto del Universo, cien años justos.

King sonrió con amargura al evocar a Bratuchin.

—«¡Un salto retrospectivo de tres años!» —exclamó para sus

adentros—. Bonita faena me hiciste, amigo».

Durante unos minutos, el joven permaneció abstraído en sus reflexiones. Una idea predominaba entre todas: jamás podría regresar a su mundo conocido. Este pensamiento le comunicó una tristeza infinita. ¿Qué habría sido de sus amigos, del profesor Bratuchin, de su ex prometida Evelyn... de su socio inclusive? ¿Qué de sus vidas, ambiciones y proyectos? Probablemente no quedaría de ellos ni el recuerdo entre sus semejantes.

King cruzó la calle. En el amplio portal de la casa había un hombre ataviado con uniforme verde.

Nunca llegó a saber por qué obró de aquel modo; fue una inspiración momentánea, un presentimiento vago, irrazonable desde todos los puntos de vista.

—Es usted el portero ¿verdad? —preguntó al hombre del uniforme verde.

Aquél asintió.

—Solamente deseaba saber —prosiguió King— si conoce usted a un hombre llamado Lee Bratuchin.

—Departamento primero. A la izquierda del pasillo. El señor Bratuchin salió a media tarde, pero puede usted dejarme el recado.

# CAPITULO III

## MASSA BHIRA

G-Nielsen 3, comenzó a recobrar el conocimiento y lo primero que comprobó es que no podía moverse. Estaba de pie, sujeto a un árbol y en lo que parecía ser un gran bosque. Lo inesperado de su situación le devolvió bruscamente a la realidad. Los recuerdos afluyeron a su mente con aterradora claridad. Ignoraba cuánto tiempo permaneció privado de los sentidos y a dónde había sido trasladado. De lo que sí podía dar fe era de la autenticidad de aquella nave extraterrestre que aterrizó a pocas yardas de su tienda de campaña, durante su último fin de semana.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal al evocar la experiencia vivida. Unos seres, humanoides de cinco patas, emergieron de la astronave y se dirigieron hacia él. Se expresaban con sonidos sibilantes y sus actitudes, a todas luces atacantes, dieron lugar a que hiciese uso de su pistola. Sus disparos a bocajarro no obtuvieron éxito alguno. Luego sobrevino la pérdida de conocimiento, bien por desmayo, bien por cualquier otra causa desconocida.

G-Nielsen no era un hombre cobarde. Sin embargo, ahora, sentíase aterrorizado como jamás lo estuvo en su vida. Era un sujeto de elevada estatura y aspecto desaliñado; aparentemente, su edad oscilaba entre los treinta y cuarenta años. Su rostro era vulgar, siendo el rasgo característico de él la barbilla, adelantada y voluntariosa, que comunicaba a su expresión cierto aire de desafío.

El tener las manos libres no le dio ninguna ventaja; su cintura permanecía adherida al tronco del árbol con tal cohesión que parecía formar un solo cuerpo.

Le invadió una sensación de alivio al recordar que en su cinto portaba un cuchillo de monte y que podía sacarlo sin dificultad alguna.

Cualesquiera que fueran sus captores no habían tomado demasiadas precauciones, se dijo interiormente.

Antes de intentar cortar las ligaduras procedió a examinarlas. Se trataba de una especie de cuerda plástica de un colorido que recordaba a la piel de lagarto; le daba tres vueltas a la cintura y no terminaba en nudo, como hubiera sido natural; simplemente se arrollaba en torno de él y del árbol.

Al tocarla comprobó que aquella materia no era cuerda. Tenía

una superficie rugosa y levemente tibia. Notó también un débil latido interno. Inmediatamente pensó en las serpientes; pero allí no había cabeza sino dos extremos iguales.

No sin antes vencer su profunda repulsión asestó un fuerte tajo a la misteriosa ligadura. Vano intento; el cuchillo resbaló sobre la superficie cual si ella hubiera sido de acero. La soga se movió ligeramente apretando todavía más su cerco. Indudablemente estaba viva.

Una desesperación sin límites se apoderó de G-Nielsen. Su mirada recorrió ansiosa todos los alrededores.

Y entonces fue cuando vio lo más extraordinario.

G-Nielsen bautizó inmediatamente a aquellos raros seres con el nombre de «galápagos». No eran, desde luego, tortugas ni animales de especie parecida; ni siquiera supo que eran animales. Pero el primer pensamiento que acudió a su mente fue el de las tortugas. Habrían más de cincuenta rodeándole; de todos los tamaños y colores; desde la que mediría tres yardas de diámetro hasta la que tendría media solamente; desde un matiz anaranjado hasta el negro ébano.

Aplastadas contra la tierra, inmóviles y silenciosas, la visión de las extrañas formas produjo a G-Nielsen un pánico sobrenatural. Lo que más llamaba la atención de ellas era el rosario de ojos blanquecinos que circundaba cada caparazón. Aquellas miradas refulgían con destellos inteligentes. Las negras pupilas miraban fijamente a su presa, escrutándola con una intensidad escalofriante.

El «galápago» más cercano a él se hallaba a cosa de unos diez pies. Era de un color púrpura vivo y de dimensiones medianas. Al igual que los demás, adheríase con sus bordes circulares al suelo, no dejando el menor resquicio libre que permitiera ver su interior. Y lo más monstruoso de todo era que no tenían patas ni cabeza.

G-Nielsen pensó con invencible repugnancia que uno de aquellos seres, vuelto hacia arriba su caparazón, mostraría un repelente amasijo de tentáculos movientes o tal vez algo peor; algo que la mente se negaba incluso a imaginar por espantable y absurdo.

De pronto, G-Nielsen se sintió interrogado. Al principio creyó ser víctima de una engañosa sensación. Nadie había hablado, ningún sonido se dejó oír en aquella zona selvática. Sólo el silencio...

Y sin embargo G-Nielsen respondió:

— ¡Jamás me prestaré a vuestros designios! ¡Podéis matarme si lo deseáis, pero nunca traicionaré a los míos!...

Otra muda pregunta irrumpió en su cerebro, tan claramente como si hubiese sido deletreada. De qué lugar partía y de quién era un misterio incognoscible.

— ¡Es inútil, Hyrha! — contestó colérico— ¡Prefiero la muerte mil

veces!

¿Hyrha...?

¿Por qué pronunció aquel nombre? ¿Quién se llamaba así? ¿Por qué «Hyrha» precisamente?

Ahora fue una sucesión de frases, una larga y correcta explicación, dictada no obstante en autoritario tono, la que inundó su mente excitada.

G-Nielsen las repitió inconscientemente, como queriendo grabarlas en su memoria.

«No te pedimos otra cosa, terrestre, sino que hagas llegar a tu mundo el último mensaje de éste que vosotros llamáis Massa Bhira. En nombre de todos los que lo habitamos, yo, Hyrha, Autarca de los Doce Reinos, pongo en tus manos los destinos de nuestros dos pueblos. Deseo la paz entre ellos; paz y unión eterna. Y la muerte para los hombres, si su necio orgullo impide esta unión. Una lluvia de fuego se aproxima rápidamente a los Doce Reinos amenazando la destrucción total...».

G-Nielsen percibió claramente la pausa que siguió. Y la aprovechó para formular una pregunta. La respuesta le heló la sangre. En ella le conminaban a ser el ejecutor de la humanidad.

Su misión consistiría en actuar de embajador entre Hyrha, Autarca de los Doce Reinos y Devan Costigan, Presidente de la Confederación Mundial. Debería obtener en un plazo de diez días la autorización por la cual todos los habitantes de Massa Bhira, incluyendo especies inferiores, hallarían cabida en la Tierra con reconocimiento de derechos y previas alteraciones atmosféricas que garantizasen un perfecto aclimatamiento. Igualmente, como las naves de Massa Bhira eran insuficientes para cubrir la emigración, habrían de ser completadas con la totalidad de la flota terrestre.

G-Nielsen comprendía que aquello era descabellado y de todo punto impracticable. El sólo requisito de alterar las condiciones atmosféricas suponía un avasallamiento intolerable para la dignidad humana. Era como decirle a los terrestres: «Nosotros deseamos la paz y la confraternidad, y humildemente os pedimos asilo, pero para ello, para poder sobrellevar nuestra existencia, deberéis desaparecer de la faz del globo. No somos capaces de respirar en vuestro ambiente; el oxígeno daña nuestros sistemas respiratorios, nos mataría a la larga. Ahora bien, si añadís a la atmósfera un diez por ciento de «xenón» nos arreglaríamos todos perfectamente. No importa que la humanidad perezca al medio año; lo interesante es que exista la confraternidad y la paz...»

G-Nielsen tosió dificultosamente. El «xenon» quizá, pensó sintiendo un estremecimiento de odio. Los «galápagos» continuaban allí, a su vista, inmóviles cual gigantescas lapas adheridas al suelo,

vibrantes sus rosarios de ojos. Y la cuerda viva que le sujetaba al árbol seguía oprimiendo más y más su cintura, recordándole que se hallaba prisionero de aquellos espantosos seres.

Unos instantes más tarde le llegó el ultimátum propiamente dicho.

O Devan Costigan aceptaba la proposición o todos los hombres serían exterminados. Sólo habría un verdugo: y ese verdugo era él mismo, G-Nielsen.

Y ¿por qué, precisamente él, G-Nielsen, un simple director de una cadena de emisoras?

En aquella serie de idas y venidas mentales, las contestaciones sucedíanse tan rápidas que a veces parecían anticiparse a las preguntas.

El cerebro de G-Nielsen fue materialmente inundado por la silenciosa elocuencia de otra mente mucho más poderosa, capaz de hacerse sentir sin ninguna clase de signos aparentes. La raíz del fenómeno estribaba indudablemente en la telepatía; una telepatía tan perfeccionada que rayaba los límites de lo sobrenatural.

Pues sí, precisamente resultaba que su puesto de director de una cadena de emisoras era el que le conducía al pie del patíbulo en que la humanidad entera habría de bailar.

Estaba completamente claro; los «galápagos», expertos conocedores de las ciencias inalámbricas terrestres, habían creado un emisor de ondas ultrasónicas cuyas mortíferas vibraciones no sólo no perdían la menor efectividad al ser retransmitidas, sino que por medio de un endiablado proceso ondulatorio, conseguían aumentarla en razón directamente proporcional a la distancia. O sea, pensó G-Nielsen, que operando desde Los Ángeles, cualquier oyente de la emisora situado en los antípodas, por ejemplo, caería fulminado por las vibraciones ultrasónicas. Y si la transmisión se llevara a cabo a través de una red de emisoras que abarcara el círculo ecuatorial, como su propia cadena, siguió reflexionando G-Nielsen, difícilmente escaparía nadie a sus terroríficos efectos. La muerte penetraría en todos los hogares y en todos los centros industriales; no existirían barreras para ella; traidoramente se infiltraría entre los alegres compases de un bailable o quizá subrayaría un programa publicitario...

De repente, su atención se vio desviada por la súbita aparición de un ejército de gesticulantes y diminutos seres que, apoyándose en sus cinco patas vermiformes, saltaban sobre los «galápagos» y tomaban posiciones frente a él. Luego de otra zona de la espesura surgieron dos más de aquellos monstruos portando una especie de máquina metálica de extraña estructura.

A primera vista, G-Nielsen supo que se trataba del mortífero emisor. Conoció incluso su manejo y características. Era aquella otra

de las asimilaciones mentales sorprendentes e inexplicables.

Uno de los extraños seres recién aparecidos, los humanoides que G-Nielsen viera descender de la astronave la noche que se inició su aventura, se le acercó llevando en una de sus contráctiles extremidades un fino huso transparente unido a una pequeña esfera plástica que contenía un líquido verdoso.

Apenas sintió el pinchazo. Casi instantáneamente se grabó en su mente un nombre y una dirección: «H-Wheston. Circle Road, 7. Los Ángeles».

Después perdió el conocimiento.

Lo recuperó junto a su tienda de campaña. Por un instante creyó haber sido víctima de una pesadilla. Todo a su alrededor continuaba como unas horas antes; ¿o tal vez podían ser días...?

Con creciente agitación se incorporó del mullido lecho de goma impermeable y se dirigió a su «aeromóvil». El corazón le dio un vuelco al contemplar el fatídico artefacto colocado en el asiento posterior.

¡Luego no había sido un sueño!

Nerviosamente conectó el teléfono. Marcó un número.

—Aquí G-Nielsen, de la «Broadcastings Nielsen Corporation» —habló a la distante voz que contestó a su llamada—; deseo me informen de la situación astronómica en que nos hallamos en este momento. Rápido, por favor

La respuesta del «Observatorio Astrofísico» se hizo oír rápida y concisa al otro extremo del «canal».

G-Nielsen efectuó un breve cálculo tras el cual su asombro creció de punto.

¡Sábado, cinco de mayo! ¡Habían transcurrido tres días desde que se «durmió»!...

Anochecía.

Una suave penumbra envolvió el agreste paisaje californiano. En el horizonte, por sobre la pinada que se extendía allá a lo lejos, comenzó a titilar la primera estrella. Su débil fulgor ponía una nota de tristeza en la grandiosidad del selvático marco. Una lechuza entonó su lúgubre canto.

G-Nielsen experimentó un escalofrío que le caló hasta los huesos. Sin embargo, la temperatura era más bien cálida.

Minutos más tarde volaba en su «aeromóvil» en dirección a la ciudad.

Se posó frente al número 7 de Cicle Road. Un portero le indicó el departamento de H-Wheston.

—¿Qué desea? —inquirió con fría amabilidad.

—Quiero ver al señor H-Wheston.

—Su nombre, por favor.

—G-Nielsen —sonrió nerviosamente y agregó—. Dígale usted

que se trata de un asunto urgente.

La doncella le hizo pasar a un gabinete, modestamente amueblado, y tras unos segundos de ausencia reapareció con una tarjeta en la mano.

—Me dio esto para usted —dijo entregándosela.

G-Nielsen tomó la cartulina. Su gesto era de desconcierto.

—El caso es que yo...

— ¡Buenas noches, señor! —la doncella cerró la puerta sin más explicaciones.

Guardóse la tarjeta con ademán contrariado.

A continuación aparcó su «aeromóvil» en el garaje de costumbre; dejó allí también, en el interior del vehículo, el mortífero emisor de ondas ultrasónicas. Más tarde ya resolvería sobre el particular, decidió intentando mostrarse a sí mismo más despreocupado de lo que realmente se sentía.

Aquella noche, G-Nielsen se emborrachó por vez primera en su vida. Necesitaba hacerlo, su mente se lo exigía, le era completamente imprescindible para deshacerse, aunque fuera de un modo circunstancial, de su problema.

En plena embriaguez salió del establecimiento de bebidas. Sus piernas se negaban a sostenerlo. Al fin tropezó y cayó.

Para otra persona, el hecho de romperse el cráneo habría supuesto una lamentable desgracia. Para G- Nielsen, aunque no lo supo jamás, fue una suerte. Porque su vulgar muerte le privó de erigirse en el asesino de la Humanidad.

# CAPITULO IV

## SENSACIONES DE MERCURIO

POR vez primera, Lance King se fijó en la serena belleza de Eldreth. No era un experto en mujeres pero tampoco hacía falta serlo para apreciar debidamente aquel cutis nacarado y la pureza de unas facciones en las que dentro de una exquisita perfección predominaba el rasgo infantil y picaresco a la vez. Su cabello era muy rubio, casi ceniciento, y armoniosamente rizado. Pero lo más interesante de su rostro eran, los ojos; unos ojos leonados que fulgían cual lagos de oro fundido y cuya mirada era tan expresiva como las propias palabras.

Se hallaban en «Kaloomé», una suntuosa «boîte» del Barrio Español. Curado del asombro en experiencias anteriores, Lance King aceptó como un hecho natural que los ritmos musicales desgranados por la orquesta no se asemejaran en nada a los escuchados a lo largo de su vida; igualmente no se extrañó de los rarísimos atavíos femeninos ni de que las consumiciones fueran pedidas por los clientes por medio de microscópicos altavoces situados en los ángulos de las mesas.

—Estoy en una situación difícil, Eldreth —comenzó Lance—. No sé si usted llegará a creerla. Le pido por lo menos que no se ría de mí... ni me tome por loco.

—Ni yo soy de las que se ríen de las situaciones difíciles ni usted tiene aspecto de loco —replicó ella seriamente—. Le prometo toda mi comprensión si ello ha de ayudarle.

Lance llevó a sus labios la copa de licor y aprovechó la breve pausa para reflexionar sobre lo que iba a decir. Era tan inaudito que la selección de frases resultaba punto menos que imposible. Sin embargo, la confiada actitud de la joven y la instintiva simpatía que por ella sintió desde el primer momento le invitaban a explayarse sinceramente. Y es más, albergaba absoluta convicción de que no se arrepentiría.

—Alguien efectuó un experimento conmigo —dijo Lance—. Un tal Lee Bratuchin lo hizo. ¿Le conoce? —inquirió al observar en Eldreth un leve parpadeo.

—Conozco a un Lee Bratuchin, profesor de Cibernética. Estudié con él hasta hace un par de años. Vive aquí, en Los Ángeles, precisamente.

—¿Cuál es su edad?

—Alrededor de los setenta años, calculo. Tal vez sea la misma persona que usted aludió.

Lance sonrió sarcástico.

—La persona a que yo me referí vivió hace cien años —replicó.

Las facciones de la muchacha revelaron incomprensión.

—¿Hace... hace cien años vivía usted?

Lance hizo una relación de lo acontecido, omitiendo únicamente la entidad del sujeto con quien cambió sus ropas; aunque pensó seguidamente que media hora antes había mostrado a Eldreth la tarjeta de identidad a nombre de G-Nielsen.

—Me siento inclinada a creerle —dijo ella—. Sin embargo... es tan inverosímil.

El joven exhibió su propia documentación.

—Esto me servirá para demostrárselo. Hay algo extraño, no obstante ¿Cómo es posible que el descubrimiento del profesor Bratuchin haya permanecido durante cien años ignorado?

—Tiene razón; ¿cómo es posible?

Lance se encogió de hombros.

—Dejémoslo —dijo. Y apuró de un trago el contenido de su copa —. ¿Tiene un cigarrillo?

Eldreth asintió.

—Es una de las pocas costumbres de su tiempo que aún perduran —dijo ofreciéndole la pitillera—. Notará diferente el tabaco, desde luego.

Lance aspiró con fruición una bocanada de humo. Una expresión de complacencia iluminó sus facciones. Comenzaba a encontrarse a gusto en aquel siglo veintiuno. Lo acogedor del ambiente, el saboreo de un extraño pero agradable licor, el cigarrillo en los labios y una hermosa mujer con la que poder compartir las primicias de su viaje a través del tiempo hiciéronle olvidar momentáneamente sus primitivas aprensiones.

—Leí en un periódico algo referente a la invasión de la Tierra — dijo él—. Un ultimátum de Massa Bhira, me parece recordar ¿Qué es ello?

Una sombra de preocupación nubló el semblante de Eldreth

—Massa Bhira es uno de los doce satélites de Júpiter — contestó—. Ignorábamos que estaba habitado hasta hace un par de meses. No podemos vanagloriamos de haberlo descubierto nosotros; fueron «ellos» los que nos descubrieron. Realmente, una cosa desagradable.

Lance se sintió súbitamente interesado. Para él, el asunto de los viajes interplanetarios no pasaba de ser una mera fantasía de los escritores de «su tiempo»; una especulación sobre temas futuristas.

Pero, he aquí que, de repente, enfrentábase con una realidad muy distinta; las quimeras se habían transformado en hechos tangibles... y evidentemente amenazadores.

—Va a perdonar una vez más mi ignorancia —declaró sonriendo —. Durante estos cien años últimos ¿hemos sido visitados por habitantes de otros planetas?

Por un instante Eldreth le contempló con idéntica perplejidad que si su pregunta se hubiera relacionado con un tema tan arcaico como la invención de la pólvora. Rectificó, sin embargo, inmediatamente. Su gesto se hizo afirmativo.

—Desde el año 2000 existe la Comunidad de Planetas —replicó —. Pertenecen a ella la Tierra, Venus, Mercurio, Saturno y Eros. Con los cuatro últimos tenemos establecidas relaciones comerciales y diplomáticas.

—¿Y qué hay de Marte? Siempre creí que ese sería el primer mundo explorado. A él se achacaba la existencia de los platillos volantes. ¿Oyó usted hablar de ellos?

Los hombres no se equivocaron respecto a eso. Los platillos volantes provenían ciertamente de Marte. En 1969 aterrizó una escuadrilla en el desierto de Sáhara. Nunca se supo si las intenciones de los marcianos eran pacíficas o no. Una explosión nuclear redujo a polvo a las naves.

— ¡Pero eso fue una barbaridad! —exclamó Lance— ¡Un crimen monstruoso!

—Ciertamente —corroboró la muchacha—. Y faltó poco para que se produjera un desastre espantoso. La suerte que tuvo la Tierra fue que inmediatamente después ocurrió el aniquilamiento de Marte. Lo ignora también ¿no es cierto?

Lance hizo un gesto de asentimiento.

—Cuéntemelo, por favor.

—Un grupo de reaccionarios marcianos, anhelantes de! poder, provocó una guerra atómica. Duró un mes aproximadamente; el tiempo suficiente para que no quedara un ser vivo sobre la superficie del planeta. Incluso la atmósfera quedó contaminada por las emanaciones radioactivas. Y lo que es peor, las reacciones nucleares persistirán por toda la eternidad. Los sabios predicen que dentro de mil años, Marte será un nuevo sol.

—Espero que la Tierra no incurra en el mismo error —dijo Lance —. Un escarmiento de semejante índole no es para olvidar fácilmente.

—Tal vez tenga usted razón.

La orquesta inició el descanso y las parejas se retiraron a sus mesas respectivas.

Lance consultó la hora. Después clavó sus ojos en la muchacha.

—Temo que la esté entreteniendo demasiado —dijo—. Son

cerca de las doce.

Eldreth sonrió amistosamente.

—No tengo ninguna prisa —replicó—. Ahora, si usted se está aburriendo es otra cosa.

—¿Aburrirme yo? —Lance hizo un gesto de protesta—. Es la noche más fascinadora que he pasado en mi vida. Óigame. Eldreth; actualmente ¿cuándo puede tutear un hombre a una mujer?

Ella acentuó su expresión risueña.

—Las costumbres varían en cada caso —contestó—. Un hombre y una mujer pueden conocerse toda la vida y no tutearse; en ocasiones bastan unos minutos.

—En ese aspecto el tiempo no ha transcurrido. Hace cien años era exactamente igual. Escuche, Eldreth...

—Dime.

—Nada —Lance sintió desaparecer su embarazo—. Sólo deseaba eso.

Las luces se extinguieron lentamente. Lance King notó sobre su brazo la mano de la joven.

—Presta atención ahora —dijo ella—. Va a comenzar el espectáculo. Dicen que es maravilloso.

—¿Variedades o algo por el estilo?

Eldreth dejó sentir su risa susurrada. La presión de sus dedos sobre el brazo de Lance se acentuó.

—No son la clase de variedades que tú esperas —dijo—. El espectáculo se llama «Sensaciones de Mercurio». Pero ¡chist...! Ya empieza.

Se hizo en la sala un silencio sepulcral. La oscuridad era absoluta.

Lance dejó caer al suelo su cigarrillo y lo aplastó con el tacón.

Sentía vibrar sus nervios a flor de piel. Presentía que iba a contemplar algo que escapaba a los límites de su comprensión; algo inimaginable, la perfección artística llevada a los limites más inconcebibles....

De pronto, comenzó a sonar una música suave, de matices aterciopelados y difusa sonoridad. Parecía provenir de todas partes y de ninguna en particular.

Y lo más curioso era que no existía diferenciación de instrumentos.

Lance experimentó una especie de éxtasis. Dábale la sensación de estar sumergiéndose en un tibio y vaporoso mar de inapreciable densidad. Su mente le trasladó a regiones desconocidas, a un edén paradisíaco.

Instantes después sobrevino la «segunda» sensación. Por toda la sala se extendió un sutil aroma de irreconocibles fragancias. No era

un olor determinado sino la armoniosa combinación de muchos de ellos. Tampoco afectaba a la sensibilidad de un modo exclusivo. Se trataba de algo mucho más complicado. Captado por el olfato, se distribuía mágicamente a través de todas las células vivientes. Lance King creía estar siendo víctima de un hechizo; pero de un hechizo maravilloso. Todas sus Inquietudes y preocupaciones habían desaparecido para dar paso a un goce espiritual de insospechados matices.

Y la «tercera...».

Inexplicablemente, el ambiente se tornó luminoso. Multicolores arabescos se desgranaron y retorcieron en el aire, sobre las mesas, a la altura del techo, yendo de aquí para allá y envolviendo a la concurrencia en sus caprichosas espirales.

El conjunto de las tres «sensaciones» desdibujó la realidad hasta convertirla en una insignificante dimensión. Lance hizo un esfuerzo por desasirse de aquel mundo ilusorio. Albergaba la convicción de que no podría resistir por más tiempo la lucha por el dominio de la mente. Creía sinceramente que, de abandonarse plenamente a los sentidos, jamás podría recuperar el uso de ellos.

La voluntad falló, sin embargo, en aquella lucha desigual. King resolvió en última instancia que no valía la pena ofrecer resistencia contra semejante embrujo. Era del género estúpido negar a sus sentidos el disfrute de un paraíso anticipado. Y además de los razonamientos, era imposible hacerlo.

Así, pues, Lance King saboreó de pleno las «Sensaciones de Mercurio». La melodía, los aromas y el caprichoso juego de trazados luminosos formaron un solo cuerpo que aumentó en crescendo hasta alcanzar unos límites más allá de las dimensiones concretas. La distancia y el tiempo desaparecieron, los recuerdos se nublaron y el futuro perdió su significado. Nada existía; nada sino un arrullo celestial que invitaba a desplegar la mente en el- infinito campo de la fantasía...

Sonó un gong.

Se esfumaron las «sensaciones». Al encenderse la luz indirecta, lo primero que vio Lance fue la sonriente mirada de Eldreth.

—Me gustó más el «Paraíso de Venus» —dijo ella encendiendo un cigarrillo—. En este espectáculo falta armonía y gracia. Te habrá parecido insípido ¿no es cierto?

Lance respiró profundamente.

—No puedo imaginar nada más hermoso —contestó— Llegó un momento en que me faltó la respiración. ¿Cómo lo hacen?

—Retransmisión directa desde Mercurio. Es un poco largo de explicar; con el tiempo lo irás aprendiendo. Eso y muchas más cosas.

Lance no insistió. Durante unos instantes permanecieron en silencio contemplando a las parejas que reanudaban el baile.

—¿No te gusta? —preguntó ella con acento invitador.

Rió él de buena gana.

—Esa es otra de las cosas que he de aprender. Creo que haría el ridículo.

—No me irás a decir que no sabes bailar.

—Pues francamente, si se tratara de un vals, un tango o incluso un «rock and roll...» Pero esta endemoniada danza no la entiendo.

—¡Tonto! —recriminó ella con un mohín picaresco ¡Si es un «bangalí steep»...! Lo más sencillo del mundo. Es un ritmo de «day-day» con disonancias de «bug-beery»).

Lance hizo un gesto de cómica protesta.

—Por esta noche tengo bastante —dijo—. Debo parecerte un salvaje ¿no?

—¿Un salvaje? ¿Qué significado tiene esa palabra?

— ¡Oh...! —gimió Lance apesadumbrado— ¡Han cambiado hasta los conceptos del diccionario! Tengo la impresión de que me voy a volver loco de un momento a otro.

—Tal vez tenga yo la culpa —Eldreth le contempló con perplejidad no exenta de regocijo—. Elije un solo tema y te iniciaré sobre él. Te resultará más fácil así.

Lance reflexionó un momento.

—Te insistiré acerca de Massa Bhira —declaró al fin—. ¿Existe realmente el peligro de la invasión?

La expresión de la muchacha se agravó.

—No lo habría... de no ser por determinadas circunstancias —contestó evasivamente.

—¿Por ejemplo?

Eldreth consultó su diminuto reloj de pulsera. Se apreció cierto nerviosismo en sus movimientos.

—Se habla de una conjura —explicó—: El temor al aniquilamiento de la humanidad ha convertido en irresponsables a algunos elementos. Las esferas oficiales tienen noticia de un complot. Rumores vagos, desde luego.

—¿Por qué el interés de Massa Bhira en invadir la Tierra?

Volvió Eldreth a mirar el reloj.

—El planetoide, o satélite, como quieras llamarle, está amenazado de muerte en un brevísimo plazo. El cometa Encke se encontrará con él en su trayectoria —Eldreth se puso en pie—. Lo siento, querido, se me hace tarde. Volveremos a vernos, supongo.

—Pero si antes dijiste...

—Recuerdo ahora que he de hacer un trabajo importante antes de acostarme —replicó ella con extraña resolución.

—Como quieras —accedió Lance—. Te acompañaré.

Eldreth negó con un suave movimiento de cabeza. Su expresión

era sonriente.

—Más adelante, quizá —dijo—. Permíteme ir sola hoy, te lo ruego.

—No te habrás disgustado conmigo, espero. Te noto algo cambiada desde hace un momento.

Se hallaban ya en la puerta del establecimiento. Eldreth extendió su diestra en ademán de despedida. Su mirada era mezcla de resentimiento y de amarga ironía.

—-Tu táctica me agradó al principio y decidí seguirte el juego —declaró—. Lamento de veras mi ingenuidad.

Lance sintió que algo se rompía en su interior. Y comprendió inmediatamente que aquello que se quebró era el único lazo espiritual que le unía a su nuevo mundo. Sin querer, incomprensiblemente, había herido algún punto vulnerable de la joven ¿El qué? King quiso saberlo.

— ¡Por Dios, Eldreth! —exclamó— ¿qué es lo que te ha enojado...? No dije nada que pudiera molestarte.

— ¡Buenas noches!

Lance la vio alejarse y subir a una de las aceras deslizantes. Muy pronto la perdió de vista.

Media hora más tarde, King Lance se inscribió en un hotel de segunda categoría. Halló resueltas todas sus dificultades al exhibir la documentación recién obtenida.

Se acostó e intentó inútilmente dormir. Cuando la luz del día comenzó a penetrar por las ventanas de la habitación, King se incorporó en el lecho más cansado y fatigado, si cabe, que cuando se acostó.

Un zumbido amortiguado se dejó oír en el departamento. Lance se acercó intrigado a la mesita de noche, de donde procedía el sonido.

Debía ser un teléfono, pensó buscando el receptor. Encontró sólo una especie de rejilla adosada a la superficie plástica del mueble. En uno de los ángulos de la rejilla había un interruptor. Lance lo cambió de posición.

Una voz carente de matices substituyó al zumbido.

—¿Hablo con G-Nielsen 3?

—Sí —replicó él tras un instante de indecisión.

—Contraseña —volvió a modular la voz.

Lance pensó rápidamente.

—«Asgard» —contestó recordando la nota encontrada en los bolsillos del verdadero G-Nielsen.

—Perfecto. Escuche atentamente, G-Nielsen: Los planes se han anticipado. Acuda usted a la reunión dentro de quince minutos. Repítame las instrucciones.

Lance obedeció mecánicamente mientras en su cerebro le daba

vueltas a aquel intrincado jeroglífico.

—Muy bien, G-Nielsen. Sabrá usted los motivos de la alteración cuando lea los periódicos. Corto.

El asombrado joven manipuló inversamente el interruptor. Precipitadamente bajó las escaleras que le conducían al hall. Sobre uno de los mostradores vio un fajo de revistas. No sin antes comprobar la fecha tomó una de ellas.

El primer titular que saltó a su vista fue el siguiente:

> «San Francisco destruido totalmente por las astronaves de Massa Bhira No han quedado supervivientes».

# CAPITULO V

## EL PRIMER ENCUENTRO

EL observatorio astronómico de Washington fue el primero en dar la alarma. La noticia se extendió por el orbe en corto espacio de unos segundos. Y resultado de ello fue el despegue inmediato de cien unidades de guerra del cohetódromo de Seattle; cien modernísimos «Havilland-2000» al mando del coronel

James Mougham.

A diez mil millas por hora, las naves interplanetarias dejaron atrás pronto la última capa de atmósfera para penetrar en la negrura de un cielo en el que las estrellas refulgían con destellos deslumbradores.

James Mougham se desprendió del cinturón de seguridad y atravesó el largo pasillo que conducía a la cámara de navegación. Era un hombre de mediana estatura, fornido y aspecto resuelto; la apacible expresión de sus correctas facciones desmentía la inquebrantable firmeza de su carácter. Sus ojillos azules brillaban perspicaces detrás de las placas, plásticas de contacto que aguzaban telescópicamente la vista.

En el preciso momento de entrar en la cámara observó que Heil Brunner, el técnico en gravitómetría, manipulaba el control de la gravedad artificial. A su lado, Bhor Paulov mantenía constante contacto con las restantes astronaves por medio de la radio etérica. Y más al fondo, ante el cuadro de pilotaje, el robot automático se encargaba de los mandos que garantizaban el rumbo y la velocidad.

—Acabamos de salir del campo gravitatorio —informó Heil Brunner—. ¿Nuevas instrucciones?

Mougham movió negativamente la cabeza.

—Si no han variado la trayectoria, dentro de unos minutos nos encontraremos con las astronaves de Massa Bhira —replicó echando un vistazo a su cronógrafo—. Y no han debido variarlo por cuanto desde la base no lo han comunicado.

—¿Se sabe cierto que proceden de Massa Bhira? —volvió a indagar Brunner.

—Demasiado cierto por desgracia. Si no lo evitamos ocurrirá otro desastre en la Tierra.

Brunner giró en el asiento para enfrentarse con el jefe supremo

de la formación.

—No lo comprendo —dijo rascándose la cabeza pensativamente —. El plazo del ultimátum no ha concluido aún. ¿A qué vienen, pues, las agresiones? El Presidente de la Confederación Mundial informó que...

—Devan Costigan informó bien —atajó Mougham secamente—. Y las agresiones no tienen nada de particular. Hyrha, el Autarca de Massa Bhira, teme que su ultimátum sea rechazado. Por ello subraya la amenaza con la destrucción en masa de ciudades.

—Si teme negativa terrestre es porque sabe que no puede realizar su empeño.

—O porque le urge realizarlo, caso más probable. Voy a decirle otra cosa, Brunner: los habitantes de Massa Bhira, con su jefe al frente, tienen la fundada certeza de que subsistirán únicamente si la Tierra les es cedida como morada. Y no ignoran tampoco la imposibilidad de llevar a cabe la emigración si no cuentan con nuestras astronaves. Eso significa que apretarán los tornillos al máximo, no dudando en utilizar cuantos medios estén a su alcance.

La preocupación se acentuó en el semblante del técnico en gravitometría.

—Está usted bien enterado, Mougham —dijo—. ¿Qué resolución adoptará Devan Costigan?

—¿Y lo pregunta? —Mougham sonrió irónico—. Moriremos todos si es necesario. Veintiún siglos de civilización no pueden ceder ante la amenaza de unos bárbaros. Usted es militar y debería saberlo.

Brunner enarcó las cejas.

—Las ordenanzas militares enseñan a morir por la salvación de una nación o del orbe entero —contestó—, pero no aleccionan a la gente a ir al matadero.

Mougham le miró impávido.

—De todos modos lo exige así el honor. Dentro de quince o veinte siglos, cuando Venus, Mercurio, Saturno o Eros se encuentren en condiciones, quizá seamos vengados.

—Habla usted como si la batalla estuviera perdida de antemano —en las palabras del experto vibraba un acento de recelo.

El coronel volvió a echar otra ojeada al reloj. Su mirada fue después a posarse en el espacio celeste encuadrado en el mirador de proa.

—Y lo está, realmente —replicó en el mismo tono de voz—. Tengo un minuto para explicárselo. Va a ser usted el único hombre de la escuadrilla que lo sepa. Supongamos por un instante que rechacemos el ultimátum y que se entable una batalla estelar, la cual sea definitivamente ganada por nosotros entrañando la destrucción de todas las astronaves de Massa Bhira ¿Cree usted que con ello se

habría resuelto la situación?

—En efecto —asintió Brunner— ¿Qué otro peligro nos puede llegar de allá?

—El más terrible de todos. No hace ni dos horas lo he sabido por boca de Reynolds Cunnhinghman, el Director de Experimentaciones Astronáuticas de White Sands. El cometa Encke, futuro aniquilador de Massa Bhira no es sino un cuerpo doble; o dicho en otras palabras, son dos cometas independientes que avanzan a la misma velocidad y con idéntica trayectoria. Es un caso que se da frecuentemente como usted sabrá. Pues bien, uno de ellos, Encke-1 pulverizará sin remisión al planetoide en cuestión; el otro, Encke-2 atravesará su atmósfera, sin rozarlo, un par de segundos antes que su compañero. La desviación de su trayectoria, causada por la fuerza de gravedad del planetoide, lo atraerá irremisiblemente hacia la Tierra.

—Y se producirá otro choque —completo Brunner palideciendo.

—No, exactamente...

La frase del coronel fue cortada por un brusco repiqueteo que estremeció todos los ámbitos de la nave.

Los tres hombres cruzaron sus miradas. Bhor Paulov, el radio operador, comenzó a hablar rápidamente por el altavoz del emisor.

— ¡La alarma! —exclamó Brunner— ¡Esos malditos ya están ahí!

En el mismo instante en que James Mougham se dirigía hacia la puerta, ésta se abrió violentamente. Neyland y Farewell que componían el equipo artillero, aparecieron en el umbral. En sus juveniles semblantes se leía la excitación.

— ¡Donovan acaba de detectar al enemigo con el radar! —informó Farewell— ¡Se trata de una sola astronave!

— ¡Pronto, Paulov! —ordenó el coronel—¡Ordene a la escuadrilla formación de combate! ¡Táctica abierta y que disparen en cuanto se hallen a tiro! ¡Vamos allá nosotros...!

Mougham, Neyland y Farewell se encaminaron prestos a la cubierta artillera.

Paul Donovan, radar de la tripulación, se puso en pie y señaló la pantalla.

—¿Vieron jamás algo semejante? —preguntó indicando la alargada forma negra que se agrandaba por instantes amenazando desbordar los límites del cuadro luminoso.

— ¡Santo Dios! —exclamó Farewell crispando las facciones en un gesto de angustia— ¡Esa astronave tiene más de dos millas de diámetro!

Sin manifestar nerviosismo alguno. James Mougham se asomó por la escotilla telescópica para horadar el horizonte celeste. Al cabo de unos segundos regresó junto a la dotación.

—Vuela con las luces apagadas —declaró serenamente—. O no utilizan la misma luz que nosotros.

Neyland graduó el punto de mira electrónico de su cañón nuclear.

—Dentro de trece segundos la astronave entrará en nuestra área de alcance —informó— ¿Hacemos fuego?

El coronel hizo un ademán para indicarle paciencia. Después tomó la radio portátil.

—Atención, capitán Byrnes —dijo acercando su boca al micrófono—. Adelántese con su escuadrilla y disparen. No se acerquen demasiado al enemigo ¡Buena suerte, muchachos!

Acto seguido, Mougham varió el enfoque del radar. La imagen de la astronave enemiga se empequeñeció considerablemente. Multitud de puntos diminutos surgieron a su alrededor. Era la escuadrilla del capitán Byrnes.

— ¡Dios los proteja! —imploró Farewell.

Mougham le miró sonriente.

—¿Y por qué no? —el acento de su voz era auténticamente optimista—. Tal vez el enemigo esté pensando lo mismo que usted.

Los cuatro hombres se agruparon alrededor de la pantalla, atentas las miradas al combate estelar que se estaba desarrollando. La astronave de Massa Bhira cambió de su recta trayectoria por una elíptica ascendente. A juzgar por los movimientos de la escuadrilla atacante, los componentes de ésta poseían una velocidad infinitamente mayor. Las idas y venidas de las naves de Byrnes se sucedían en torno al artefacto adversario con una rapidez fantástica. A simple vista, observando la pantalla del radar, la escena asemejaba a un avispero.

El coronel se incorporó.

—Aviso a todas las escuadrillas —llamó. Y repitió nuevamente —: Aviso a todas las escuadrillas. Orden de combate. Acorralen al enemigo e informen de las bajas sufridas.

La voz del capitán Byrnes se dejó oír en el transmisor.

— ¡No hay peligro, coronel Mougham! ¡Sus proyectiles son incapaces de perforar nuestras estructuras! ¡Se aplastan como si fueran de cera!

La atención de Mougham fue acaparada ahora por los artilleros de la nave.

Neyland aguardó a que el cuadrante de su punto de mira apareciera iluminado y después oprimió el disparador. La astronave se tambaleó al salir despedido el chorro de granadas atómicas. Farewell hizo lo propio y nuevamente la estabilidad fue alterada.

Inmediatamente, Mougham se acercó a la pantalla del radar para observar los efectos de los impactos. El cuadro que ofrecía era

indescriptible. Todo eran puntos luminosos zigzagueando en inverosímiles cabriolas, siempre en derredor de la oblonga forma de la astronave enemiga.

Pero lo curioso del caso es que también los proyectiles terrestres daban la sensación de ser ineficaces. Y así lo observó Neyland con acento patético.

— ¡Estamos perdiendo el tiempo miserablemente! ¡No hay nada que hacer, coronel!

—¡Un momento! —exclamó Donovan manipulando los mandos del radar— ¡El enemigo ha emprendido la retirada! ¡Ahora vuela mucho más veloz!

— ¡Es verdad! —corroboró Mougham, por vez primera excitado — ¡La astronave está huyendo! ¡Sigámosle!...

Repitió la orden a través del micrófono. Luego efectuó un recuento general que dio como resultado la buena noticia de que no se había producido ninguna baja. El optimismo cundió. Fueren los que fueren los motivos de la retirada, era obvio que los terrestres habían triunfado en toda la línea. De momento se había conjurado el peligro que se cernía sobre el planeta.

Mougham informó al Alto Mando terrestre sobre lo acontecido. Y pidió instrucciones acerca de la conducta a seguir.

—«Continúen la persecución hasta el final —ordenó la voz del propio Devan Costigan. Presidente de la Confederación Mundial—. No escatimen esfuerzos. Es la mejor ocasión que se nos ha presentado jamás. Felicite a los muchachos, Mougham».

El coronel cortó la conexión etérica y se volvió a sus hombres.

—Ya lo han oído —dijo—. Hasta el final.

—El final puede ser Massa Bhira —objetó Farewell sombríamente—. Un mes de navegación por lo menos. Sin contar con que no poseemos mapas de la región jupiteriana.

—Y sin tener en cuenta, también, que esa nave puede en un momento dado superar la velocidad de las nuestras y esfumarse en el espacio —añadió Donovan no menos preocupado.

—Trataremos de agotar hasta la última de nuestras posibilidades —replicó Mougham—. Costigan no lo ha dicho, pero adivino que desea un escarmiento general. Lo de San Francisco no se debe repetir y el mejor medio de lograrlo es pagar con la misma moneda. Hasta ahora no se ha podido intentar siquiera porque como dijo usted, Farewell, desconocemos la región jupiteriana. Continuando la persecución, el enemigo nos llevará hasta allí.

—¿Y el retorno? —quiso saber Neyland.

—La «Sexta Ala», del teniente Crochane confeccionará los mapas correspondientes —Mougham sonrió jovial—. Muchachos, hace una hora nuestras vidas y la suerte de la Tierra no valía lo que

antiguamente se decía un penique. Ahora ya es otra cosa; quizá exista alguna probabilidad de éxito...

—No es muy alentador lo que usted dice, coronel —declaró Donovan sonriendo—. Alguna probabilidad significa casi lo mismo que ninguna.

Mougham le dio una palmada en el hombro.

—No debe usted olvidar que a Xirus Morgan le concedieron el diploma «Euclides» de Matemáticas porque demostró que una probabilidad pesa tanto como mil.

Donovan asintió no muy convencido. Durante unos instantes reinó el silencio en el compartimiento. En la pantalla radárica, la imagen de la astronave enemiga permanecía completamente inmóvil evidenciando el perfecto ajuste de las velocidades respectivas.

Por espacio de cinco horas la persecución no fue alterada por ninguna novedad. La astronave de Massa Bhira parecía ajena a ella, a juzgar por la fijeza de su trayectoria.

En la cabina de pilotaje, James Mougham comenzó a acusar los primeros síntomas del nerviosismo. Y éste se acentuó aún más al conocer la inesperada revelación de Bhor Paulov.

El radio operador se quitó los auriculares y se volvió de cara al coronel. Sus facciones denotaban la ansiedad.

—Acabo de hablar con el teniente Crochane —informó—. Seguimos un rumbo distinto al que debería llevarnos a Massa Bhira. Dentro de unos momentos penetraremos en la «región Thjazi», por el borde septentrional de la órbita del planetoide Amor.

Recién pronunciadas estas palabras, Heil Brunner se puso en pie, evidentemente exaltado por algo que no era la noticia de Paulov.

—¡Se han debido estropear los mecanismos del equipo gravitométrico! —exclamó pasándose una mano por la empapada frente. Y agregó—. ¡O yo estoy volviéndome loco!

—¿Qué ocurre. Brunner? —preguntó Mougham.

—Casi nada; el único cuerpo celeste próximo a nosotros es Amor y aún tardaríamos veinte días en llegar a él. Sin embargo, el masómetro indica que nos hallamos en un campo de gravedad.

— ¡Imposible! —la exclamación del coronel sonó como un trallazo— ¡Déjame ver!

En efecto, la aguja del masómetro marcaba 0'003, signo infalible de la proximidad de un cuerpo astral.

Casi inmediatamente, Bhor Paulov confirmó la inaudita noticia; varias unidades de la escuadrilla habían observado el fenómeno.

La puerta del compartimiento se abrió. Donovan apareció en el umbral.

—Coronel ¿quiere echar un vistazo a la pantalla? —su voz sonó desfigurada por un matiz de angustia.

Mougham acudió con presteza junto al cuadrado luminoso. Su sorpresa no tuvo límites al contemplar la extraordinaria visión que se ofrecía ante sus ojos

¡De la gigantesca astronave surgían multitud de puntos que se desparramaban en todas las direcciones!

—¡Una nave madre! —exclamó el coronel— ¡Esto sí que no lo esperábamos!

—No parece que vayan a atacarnos —observó Donovan—; más bien dan la sensación de dirigirse a algún punto determinado.

— ¡Mire! —Neyland señaló la pantalla— ¡Se ha desintegrado!

En la pantalla se reflejó una especie de llamarada. Luego quedó vacía a excepción de los diminutos puntos, que ahora se veían agrupados formando una densa escuadrilla. La astronave madre se había esfumado.

Brunner, desde la cabina, demandó la presencia del coronel. Su excitada voz aumentó la tensión nerviosa que reinaba en la nave.

— ¡Un planetoide fantasma! —declaró— ¡Puede verlo por el mirador! ¡Está completamente iluminado!

No bien acabó de decirlo, una extraña fosforescencia penetró a raudales a través del mirador. La oscuridad del espacio se había rasgado, y una gigantesca mole apaisada aparecía flotando en él.

Mougham enfocó el telescopio. Ante su vista se mostró una superficie rojiza erizada de valles y montañas y cruzada por serpenteantes ríos de plata. Las naves de Massa Bhira se dirigían rectamente hacia allí.

El coronel, por medio de la radio etérica, comunicó el alerta a las demás escuadrillas.

Al cabo de unos instantes de observación. Mougham vio culminada su sorpresa.

—Se han estrellado todas las astronaves —informó a sus hombres—. Suicidio colectivo.

# CAPITULO VI

## EL CONSEJO DE LA SALVACIÓN

LANCE King examino atentamente la tarjeta de identificación de G-Nielsen y vio que el dorso de la misma aparecía surcado por una complicada red de trazos muy brillantes y al parecer de materia metálica. Díjose que seguramente sería un circuito receptor, porque de otro modo no cabía explicación a la forma de localizarle. Nadie sabía de su existencia y su paradero; luego, la clave del misterio estaba en la tarjeta.

Quince minutos más tarde, King se hallaba ante el número 3007 de la calle Halcyon. Era un edificio de una sola planta cuya entrada era en forma de arco cerrado por una verja metálica. Un jardincillo rodeaba la casa dándole un aspecto acogedor muy distinto a las demás imponentes moles oscuras de líneas demasiado estilizadas.

King echó a andar al ver a un hombre que se dirigía hacia allí. La mirada de aquél se clavó insistente en su rostro.

El sujeto entró en la casa dejando la verja entornada. King le siguió. Un portero le salió al paso.

—Contraseña —demandó. Su expresión era medio recelosa, medio servil.

—Asgard —respondió King.

El portero se hizo a un lado para dejarle pasar.

—Sígame, por favor.

Cada vez más intrigado, Lance acompañó al individuo hasta un compartimiento enteramente desamueblado. Al fondo había un armario abierto en el que se veían, colgadas de una percha, varias túnicas negras.

—Elija la que quiera —dijo el portero señalando las prendas—. Los demás vinieron ya. A mano izquierda encontrará las capuchas.

¿Túnicas? ¿Capuchas...? A King no le cupo la menor duda de que aquella reunión no era sino una conjura o conspiración, en la que el verdadero G-Nielsen debía ser uno de los miembros. ¿Sobre qué asunto? ¿Contra quién? ¿En beneficio de qué? Demasiadas preguntas, reflexionó el joven, un tanto aturdido. El caso era que con un paso más estaría metido de pies y cabeza en un endiablado embrollo. Por un instante estuvo a punto de retroceder; pero la curiosidad, defecto del que nunca se había podido sustraer, anuló sus

temores y le impulsó hacia la temeraria tentación. Lo más que podía ocurrirle era que le descubriesen, y en tal caso la máxima sanción equivaldría a la muerte, irrisorio castigo si se tenía en cuenta que su vida no valía absolutamente nada ni nada representaba para nadie. Un hombre del siglo veinte arrojado por arte de magia al siglo veintiuno, tarde o temprano tendría que sucumbir víctima de un fatal error. Lo mismo daba ser enviado a las prisiones de Marte que romperse el cráneo en una acera deslizante... que ser acribillado a tiros.

King cerró los ojos, pospuso a sus sentimientos la terca idea de seguir adelante en todos los avatares que el destino le ofreciera, y volvió a abrirlos, invadido ahora de una clase de excitación que le invitaba a cometer cualquier clase de locura. Experimentaba idéntica sensación voluptuosa que la del turista que se siente libre de prejuicios al llegar a otro país distinto al suyo. Por asociación de pensamientos, King recordó que tiempo atrás vio a un elegante y respetable anciano cruzando tranquilamente un primoroso césped, haciendo caso omiso del rótulo prohibitivo. Naturalmente fue multado, pero lejos de expresar extrañeza o disgusto, hizo efectivo el importe de la multa con gran complacencia. «Siempre tuve deseos de cometer un pequeño delito», dijo al asombrado guardián, agregando seguidamente: «y como en esta ciudad no me conoce nadie lo hice. Ahora ya estoy tranquilo y conozco una nueva experiencia».

King no iba a cometer ningún delito, ni era su intención ponerse en deuda con la ley, pero quería probar «a ver lo que pasaba». Todo lo que le hacía falta para satisfacer su morboso capricho era una túnica y un capuchón.

Ataviado con aquellas prendas fue en busca del portero para preguntarle en qué aposento tenía lugar la reunión. Lo halló sentado junto a la cerrada cancela. Su pregunta obtuvo el silencio. Parecía haberse vuelto sordo y mudo. Su mirada, fija en un invisible punto del espacio, tampoco respondía a las frases del joven. Este dejó escapar un improperio al tiempo que le zarandeaba con impaciencia. Al ser soltado el cuerpo, éste cayó al suelo donde quedó en completa inmovilidad.

King lo incorporó y volvió a dejarlo sobre el banco de piedra, extendido cuan largo era. Un breve examen le reveló que estaba muerto. Un ataque al corazón, pensó, no sin sentir cierto desasosiego. Su mirada recorrió los alrededores buscando a alguien. El jardincillo estaba solitario.

De pronto la enlutada figura de un encapuchado surgió del corredor que daba acceso a la casa. Con una seña invitó a King a acercarse.

—Le estamos esperando —dijo secamente—. Pasan tres

minutos de la hora fijada.

King señaló el cadáver.

—Está muerto —informó titubeante—. Supongo que habrá que avisar a algún sitio.

A través de la capucha del desconocido brillaron unos ojos como ascuas. King sintió que la mirada le traspasaba los huesos.

—No conoce usted... ¡Oh, perdone! —la voz de aquél se tornó súbitamente amable. —No recordaba que es la primera vez que asiste usted. Ese hombre no está muerto; simplemente sujeto a catalepsia artificial. Cuando recupere el conocimiento, dentro de un par de horas, habrá olvidado cuanto ha visto y oído durante el día. No se acordará de su rostro, ni del mío, ni del de nadie. Es una medida de precaución que adoptamos desde la traición de Flynt. Pero vayamos dentro, nos esperan.

Dentro de un salón espléndidamente iluminado por luz indirecta y amueblado con un estilo sobrio y, sin embargo, confortable. Varios mapas celestes cubrían las paredes. Sentados alrededor de una oblonga mesa se veían seis sujetos más, ataviados con las mismas vestiduras. Se levantaron al entrar King, seguido de su acompañante.

—Bienvenido sea. Número Ocho. Los miembros del Consejo de la Salvación le saludan.

Lance King efectuó una leve reverencia y tomó asiento en el sillón que, evidentemente, le reservaban. Los demás le imitaron, a excepción de uno de los encapuchados, que ocupaba lo que debía ser el sitial de honor.

—Ruego a ustedes perdonen la premura de mi citación —comenzó. Su acento era nasal y parecía extranjerizado—. Supongo que habrán comprendido el motivo. San Francisco ha sido atacada por Massa Bhira y, por tanto, Hyra ha roto su promesa. Aún no han transcurrido veinticuatro horas del plazo concedido. ¿No es así, Número Ocho?

La pregunta sorprendió a King momentáneamente. Gracias a que sus facciones permanecían ocultas su indecisión no fue advertida por nadie.

—Exactamente —replicó desconociendo cuál era el plazo.

—Esto significa que Hyra ha variado sus planes —prosiguió aquél—. Ignoramos cuál será el próximo ataque en el caso de que se produzca. Antes de proceder en consecuencia oigamos todos los informes. Pueden comenzar.

Se levantó el que debía ser Número Uno. King sintió escalofríos al pensar que también él tendría que prestar declaración. Aguzó sus sentidos al máximo a fin de no perder palabra ni sentido alguno de lo que se iba a hablar. Sólo tenía una certeza: la reunión o conjura se hallaba relacionada con la amenazadora invasión de Massa Bhira.

Comenzó a hablar el Número Uno.

—En nombre del Consejo de la Salvación Terrestre me entrevisté con Devan Costigan. Fracaso absoluto. El Presidente está resueltamente decidido a utilizar la fuerza para contrarrestar la invasión. Esta noche dará a conocer un mensaje dirigido al mundo entero. La humanidad debe prepararse para morir matando. Esto es todo, míster Wauhgme.

Le tocó el turno ahora al Número Dos. Sus opacas palabras resonaron extrañamente en el aposento.

—Mi labor ha concluido —dijo—. Devan Costigan morirá cinco minutos antes de pronunciar su mensaje. Coloqué una bomba de radiación en el garaje situado enfrente del Palacio.

Míster Wauhgme asintió. Luego su diestra señaló al tercer miembro de la satánica organización.

—En lo que a mí respecta —dijo la femenina voz del Número Tres—, debo decir que todo va bien. Durante tres noches consecutivas he inyectado «assaian» al Ministro de Navegación Estelar. No ha notado ninguna reacción extraña. Su voluntad se someterá a nuestros deseos. Pasado mañana entrará en el período favorable. No cabe la menor duda de que pondrá todas las astronaves terrestres a disposición de Hyrha.

Sin esperar indicación, el Número Cuatro se puso en pie.

—Tengo en mi poder el informe completo del profesor Parkins sobre el planetoide Tierra-2. Este reúne todas las condiciones necesarias a nuestros organismos. Solamente falta resolver la cuestión del viaje. Opino que este detalle le corresponde exponer al honorable miembro Número Cinco.

Otra voz femenina volvió a hacerse oír en la sala.

—La astronave «Salvación» está a punto de ser concluida. Las pruebas del motor han resultado satisfactorias. El futuro radio de acción de la «Salvación» rebasará incluso en un cincuenta por ciento la distancia entre la Tierra y Tierra-2. Por esa parte, el éxito está asegurado.

Míster Wauhgme alzó su dedo en dirección a otro de los encapuchados.

—Número Siete, por favor —demandó un tanto perentoriamente.

King sentía crecer su excitación por instantes. Ya tenía alguna idea sobre la índole de la monstruosa maquinación que aquellos desalmados estaban llevando a efecto. Sin embargo, desconocía lo más importante para salir airosamente del paso: su labor a desempeñar. Quizá no se le exigiera declaración. Al Número Seis no se la habían exigido. O tal vez esta denominación correspondiera al propio míster Wauhgme... Así debía de ser puesto que ocho eran los congregados, y ocho los miembros de la conjura. Por cierto que dos

de ellos femeninos. En el preciso momento en que su inmediato compañero se levantaba para corresponder a la demanda del jefe, observó, fija en sus ojos la mirada de uno de los miembros femeninos.

—No hay ninguna novedad sobre mi cometido —dijo el Número Siete. Y volvió a sentarse.

Míster Wauhgme se encaró con King. El dramático instante había llegado.

King se puso en pie lentamente. En su fuero interno rogó a Dios que le ayudara a salir del trance.

—Estoy en las mismas condiciones que el Número Siete —declaró realizando un esfuerzo para que su voz resultara natural. Y seguidamente aventuró su destino a una sola carta—. Espero comenzar mi trabajo esta misma noche... o todo lo más mañana.

Se produjo un silencio expectante. Todas las miradas se hallaban clavadas en King. Alguien carraspeó varias veces.

El joven hizo ademán de sentarse pero la posición del dedo índice de míster Wauhgme le detuvo.

—Todos esperamos que especifique usted un poco más —dijo con su peculiar voz nasal—. Hyrha le dio a usted unas instrucciones anexas al primitivo plan. ¿Acaso son tan secretas como para no permitírsenos conocerlas? Durante dos meses hemos aguardado impacientes su llegada. Tenga usted en cuenta, también, que Hyrha no ha cumplido su palabra, que puede llegar el momento en que sea demasiado tarde para intentar una conciliación. Todo cuanto hagamos o proyectemos hacer depende exclusivamente de usted. Usted es la única persona que ha estado en Massa Bhira y que ha hablado con el Autarca Hyrha. ¿Comprende ahora por qué le insisto en nombre del Consejo?

King experimentó un pequeño alivio. Al parecer, entre sus atribuciones entraba la de permanecer mudo sobre el asunto. Con una vaga explicación podría salir airosamente del trance. Y luego ya resolvería.

—El Autarca Hyrha me habló de la destrucción de varias ciudades como medida de precaución —dijo lentamente, reflexionando sobre cada palabra—. Prometió, desde luego, que Los Ángeles sería respetada. Es cuanto puedo decir.

—Bien, pero... —Wauhgme titubeó un instante—, nuestros planes dependen de usted ¿Para cuándo es la fecha?

King comprendió que se refería a la invasión. Nuevamente forzó a su mente para soslayar la delicada situación.

—Debo volver otra vez a Massa Bhira —replicó—. El Autarca desea saber con exactitud la posición de Devan Costigan y la marcha de nuestros preparativos.

Volvió a imperar el silencio; un silencio cortante y helado como

el acero de un cuchillo. Los leves movimientos de las encapuchadas cabezas en dirección de King y de Wauhgme indicaban que la atención general se centraba en ellos.

Wauhgme adelantó su torso y apoyó los codos en la mesa.

—¿Es... es absolutamente imprescindible que vaya usted a Massa Bhira? —preguntó con acento preocupado.

King asintió.

—Lo antes posible.

El encapuchado que oficiaba de jefe se levantó.

—De acuerdo, pues —dijo—. Ya lo han oído ustedes. Habrá nueva reunión dentro de cuarenta y ocho horas. Entréguenme las consignas; voy a darles las correspondientes a la próxima citación.

Cada uno de los congregados se aproximó por turno a míster Wauhgme y cambió su ficha plástica. King hizo lo propio. Al pasar junto al miembro Número Tres escuchó su femenina y susurrante voz.

—Le espero dentro de una hora en «Kaloomé». No falte.

En un tris estuvo Lance King de dejar escapar una exclamación de asombro. Acababa de reconocer la voz de Eldreth Gee, la muchacha de la peluquería. Aquello era lo último que esperaba en el mundo.

En su aturdimiento no se dio cuenta de que le habían dejado solo en el salón. Todos los congregados habíanse ausentado ya.

Preso de la más indescriptible contusión de ideas, pasó por delante del inconsciente portero y cuando estaba a punto de franquear el umbral se apercibió que aún llevaba puestos la túnica y el capuchón.

Se despojó de ambas prendas y las colocó en su primitivo lugar. A continuación salió a la calle.

El contacto con la realidad le hizo serenarse un tanto. Antes de proseguir en sus tenebrosas cavilaciones se formó un decidido propósito: no pensaría más en el asunto hasta entrevistarse con Lee Bratuchin. Quizá se tratara de un nieto o biznieto del profesor Bratuchin que le envió al siglo veintiuno; y pudiera darse el caso de que el secreto de su descubrimiento se transmitiera a través de las generaciones, en cuyo supuesto todavía le quedaría la esperanza de abandonar aquel endiablado período de civilización. Era un puro disparate albergar tal esperanza, pero ¿qué no había de disparatado en todo cuanto le había sucedido desde el fatídico instante en que se puso en manos del profesor Bratuchin?

Unos minutos más tarde llegaba al Paseo de los Rosales. Penetró resueltamente en el patio número 52. El mismo ordenanza o conserje de la tarde anterior le salió al paso. Sonrió al reconocerle.

—El señor Bratuchin está en su despacho —informó—. Precisamente se halla solo en este momento.

Al no encontrar pulsador de llamada, King golpeó con los nudillos.

Le abrió un hombre de avanzada edad y facciones inteligentes. En el cual King halló un asombroso parecido con el Lee Bratuchin que conocía.

—¿Es usted el señor Lee Bratuchin? —inquirió innecesariamente.

El interpelado esbozó un gesto afirmativo y se hizo a un lado para dejar paso al visitante. Le condujo a un pequeño despacho de aspecto comercial. King, que esperaba encontrar algo parecido a un laboratorio, se sintió decepcionado.

—Usted dirá en qué puedo ofrecerle mis humildes servicios —dijo Bratuchin.

Ante la índole de la pregunta que iba a efectuar, Lance King se sonrojó a su pesar.

—¿Usted es descendiente, tal vez, de un tal Lee Bratuchin que vivió en 1957? Perdone mi curiosidad, pero su respuesta me afecta hasta un punto que ni siquiera puede imaginar.

El anciano sonrió benévolo.

—No veo por qué le tengo que perdonar —replicó—. No existe motivo alguno. Pues sí, efectivamente soy nieto de la persona que usted acaba de nombrar.

King hizo un rápido cálculo mental y dedujo que aquel individuo tendría por lo menos de setenta a ochenta años, aunque su apariencia no los representaba.

—Su abuelo inventó una máquina que denominó «Métrico Tempo» —declaró King inesperadamente—. Lo sabía usted ¿verdad?

Bratuchin abrió los ojos desmesuradamente. Cogido por sorpresa, fue incapaz de disimular.

—¿Quién es usted? ¿Qué pretende? —inquirió casi colérico—¡No le diré una sola palabra! ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

La avalancha de imprecaciones no alteró a King. Lejos de mostrarse ofendido por ellas adoptó una actitud de simpatía. Albergaba la esperanza de que de este modo abriría la guardia de Bratuchin.

—Es posible que a oídos de usted haya llegado el nombre de Lance King —dijo con voz pausada, recalcando cada sílaba—. Su abuelo hizo un experimento con esa persona ¿Recuerda, por casualidad?

Por el semblante del anciano desfiló toda una gama de sensaciones: temor, angustia, perplejidad, confusión...

—¿Qué desea de mí? —inquirió tras una larga pausa.

—¿Oyó usted o no nombrar a Lance King? —insistió el joven.

Bratuchin se pasó una mano por la frente. Retiró los dedos

empapados de sudor.

—Ese fue un desgraciado accidente —confesó al fin—. El «Métrico Tempo» fue objeto de manipulaciones extrañas. Lance King desapareció, y a mi abuelo le costó la vida. Sabía que tarde o temprano se descubriría el asunto. Usted es del D. I. C. ¿no es cierto?

King meneó la cabeza negativamente a la vez que acentuaba su sonrisa tranquilizadora.

—No tengo la menor idea de lo que es el D. I. C. —repuso—. Soy... soy simplemente Lance King.

# CAPITULO VII

## telepatía

EL profundo valle parecía hendir toda la corteza del planetoide fantasma. Ora estrechándose hasta dar la sensación de un abrupto desfiladero, ora ensanchándose para formar casi una planicie, se extendía como un cinturón alrededor del esférico cuerpo astral. Una vegetación ubérrima y desconocida la alfombraba y cubría sus paredes. Gigantescas flores negras y blancas predominaban sobre el gris ceniciento de la maleza y los árboles.

Y, mezclados en apocalíptica confusión, retorcidos los fuselajes y muchos de ellos carbonizados, podían verse centenares de aerocohetes.

Mientras la casi totalidad de las astronaves terrestres evolucionaban a ras del suelo, el coronel Mougham y su tripulación, provistos de escafandras climáticas, procedían a reconocer el valle.

Brunner, que se había alejado considerablemente, llamó a sus compañeros y jefe a través de su transmisor portátil.

Cuando llegaron hasta él contemplaron el objeto de su descubrimiento. Se trataba de una de las astronaves de Massa Bhira que apenas había sufrido daño alguno al estrellarse. Dos portezuelas se habían abierto del golpe dejando ver el interior del artefacto volador.

Mougham penetró seguido de sus hombres y empuñando todos las pistolas atómicas.

Fue entonces cuando vieron por vez primera a los asombrosos habitantes de Massa Bhira. O, mejor dicho, a sus envolturas carnales puesto que parecían sin vida. Eran los humanoides de cinco patas que noches atrás secuestraran a G-Nielsen 3. Seres deformes de cabeza triangular que recordaban a las de las serpientes y cuerpos de simiescas proporciones.

Había tres de aquellos monstruosos ejemplares junto a lo que debía ser la cabina de mandos, y otros dos tendidos cuan largos eran en el estrecho pasillo que comunicaba con la torre artillera.

¿Qué piensa de todo esto, coronel? —inquirió Donovan— ¿No resulta increíble que esos seres de tan reducida capacidad cerebral hayan alcanzado tal grado de civilización?

Mougham le miró a través del plástico de su escafandra.

—Jamás pude imaginarlo —contestó—. Esto da al traste con todo lo que sabemos de Humanidades Extraterrestres. Debe haber alguna otra explicación. No es posible que cerebros así sean capaces de reaccionar inteligentemente.

La explicación no tardó en presentarse. Bhor Paulov, que en su labor indagatoria, había subido a la torre artillera, requirió a gritos la atención de todos.

La torre era un compartimiento circular con troneras por las que asomaban una especie de cañones achatados semejantes a los antiguos terrestres. Y en el centro de la sala, sobre un ancho pedestal metálico rodeado por un reborde o barandilla, se destacaba un objeto viviente de vivo color púrpura. Tenía la forma y dimensiones de una gran tortuga. Pero lo más asombroso de aquel ser era su rosario de ojos distribuido regularmente en torno al caparazón y en su parte baja, casi al ras de la plataforma.

Bhor Paulov, con el estupor retratado en su rostro, permanecía como hipnotizado, con la espalda pegada a la pared y las manos crispadas.

— ¡Cuidado, está vivo...! —exclamó con voz aterrorizada.

—¿Qué le ocurre, Bhor? —inquirió el coronel, intrigado por la actitud del radio operador—. No me irá a decir que esa tortuga le ha asustado de tal modo.

— ¡Miren los ojos! ¡Se mueven! ¡Están tratando de...! —Paulov se detuvo de repente y palideció aún más. Su cuerpo se agitó convulsivamente como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Mougham dio un paso para aproximársele.

— ¡Quieto! —ordenó Paulov apuntándole con el revólver atómico— ¡Quietos todos! ¡Pónganse de espaldas a la pared!

Cosa inaudita, el coronel y los cuatro restantes miembros de la dotación obedecieron sin oponer la menor resistencia.

Paulov, con la vista fija en el extraño ser, levantó su diestra armada y apuntó en dirección al grupo.

Mougham sabía que iba a disparar. Y lo aceptaba como un hecho natural, como algo irremediable. Ni temía a la muerte ni a las consecuencias; es más parecía incluso desearlo.

Otro tanto sucedía a los demás. Ni siquiera imaginaban que sus mentes estaban siendo dominadas por una voluntad superior.

Sin determinar la puntería, Paulov apretó el gatillo. Sonó un seco chasquido y el panel situado entre las cabezas de Brunner y Neyland quedó convertido en humeante pulpa. Ningún hombre se movió.

Paulov apartó la mirada del «galápago» para comprobar los efectos de su disparo. Al ver que no había alcanzado a nadie corrigió la posición de su arma. Ahora apuntaba al coronel.

Inesperadamente se oyó el horrísono estampido producido por

un cañón nuclear.

El sobresalto sacó al grupo de su ensimismamiento. Fue Donovan el primero en reaccionar. De un salto se colocó junto a Paulov y le arrebató el arma. El radio operador cerró los ojos y se tambaleó.

— ¡Salgamos pronto! —exclamó Mougham apremiante— ¡Cojan a Paulov y llévenlo a la nave! ¡Dense prisa!

No fue necesario adoptar tal medida con Paulov. Este, recobrado completamente, se lanzó al exterior seguido de sus compañeros.

Afuera, la escena era indescriptible. Las escuadrillas terrestres se hallaban enzarzadas en una terrible lucha contra un enemigo superior en número. Eran astronaves del mismo tipo que las que se estrellaban en el valle: astronaves de Massa Bhira.

Las detonaciones sucedíanse ahora sin tregua. Una humareda rojiza cubría gran parte del cielo.

Pero a pesar de que unas y otras naves eran alcanzadas por los disparos ninguna sufría sus efectos. Evolucionaban en un endiablado trazado de espirales, cruzábanse a distancia increíbles y vomitaban fuego por todas sus troneras.

En un abrir y cerrar de ojos, Mougham y sus hombres instaláronse en su nave y despegaron casi verticalmente para unirse al combate.

Al cabo de varios minutos de inútiles esfuerzos por ambos bandos comenzó a producirse un extraordinario fenómeno. Las unidades de Massa Bhira, como si los mandos no obedecieran sus controles, fueron precipitándose contra el suelo.

Mougham ordenó a sus escuadrillas que suspendieran el fuego y rehicieran las formaciones a una altura de tres mil metros.

Sin excepción, las astronaves enemigas cayeron alternativamente al valle. Algunas de ellas lucharon desesperadamente por conservar o conseguir que la postrera trayectoria no se desviara. Evidentemente el valle era la meta ansiada para sucumbir.

Cuando el adversario se hubo extinguido totalmente, Mougham respiró aliviado. Por segunda vez en el corto espacio de unas horas habían salido indemnes de una batalla.

Paulov se despojó del casco auricular.

—Debo darle una explicación, coronel —dijo con acento arrepentido. Su faz estaba roja como la grana—. Fue algo superior a mis fuerzas.

—Lo sé, muchacho —replicó Mougham amistosamente—. A nosotros nos sucedió poco más o menos lo mismo. Ese monstruo nos dominó por completo. Ahora comprendo lo de los humanoides; son

simplemente seres ejecutores de voluntades ajenas.

—¿Quiere decir que las tortugas son los verdaderos habitantes y dueños de Massa Bhira? —inquirió Donovan.

—No aseguraría yo que son tortugas —objetó el coronel—; claro es que de algún modo hay que llamarlos. Al no poderse valer por sí mismos, ya que carecen de extremidades, sus mentes se han desarrollado en un grado fabuloso. Recibió usted la orden de disparar contra nosotros ¿no es cierto? —preguntó a Paulov.

—En efecto. Y lo admití como una cosa natural. De no haber sido por aquel cañonazo ninguno de nosotros viviría. Además, el monstruo sabía que usted era el jefe.

—Lo que yo quisiera saber —intervino Neyland—, es el motivo que les impulsó a estrellarse y por qué no regresaron a Massa Bhira.

—Yo lo sé —-replicó Paulov—. Antes de que entraran ustedes en la torre artillera, la tortuga y yo mantuvimos una cordial «conversación». El radio de acción de la mayoría de las astronaves no les permite ir y regresar a la Tierra; alcanza solamente a cubrir poco más de la mitad. Y este planetoide fantasma es el paraíso de su religión. Observarán que el valle es un auténtico cementerio. Probablemente, todas las expediciones tendrán el mismo fin.

El semblante de Mougham se ensombreció repentinamente.

— ¡Se nos ha pasado por alto lo principal! —exclamó. Sin añadir explicación, pasó por en medio de sus hombres y llegó hasta el emisor etérico.

Tras unas breves manipulaciones, el altavoz dejó oír la lejana voz de un comunicante terrestre. Al cerrar el interruptor, la desolación se pintaba en todos los rostros.

—¡Londres ha sido arrasada...! —la angustia dominaba la voz del coronel— ¡Y esto es el principio del fin!

Heil Brunner rompió el dramático silencio que siguió a la declaración.

—A propósito del fin, coronel —dijo— ¿Recuerda usted lo que me contó del cometa Encke?

Mougham asintió con gesto distraído.

—Explicó que se trataba de un cometa doble —prosiguió Brunner—. Uno de ellos seria atraído por la gravedad terrestre. Si no ha de producirse el choque ¿en qué estriba el mortal peligro a que usted aludió?

—No es difícil presumir que, dado el avance científico de los habitantes de Massa Bhira, impregnen de radioactividad su atmósfera. Gran parte de ésta se adheriría al cometa acompañándolo en su trayectoria. ¿Sabe usted lo que ocurriría después?

Brunner esbozó una expresión afirmativa.

—Las partículas radioactivas inundarían la atmósfera terrestre

—contestó—. No se salvaría nadie. Pero eso es sólo una predicción que puede cumplirse o no.

Mougham sonrió con amargura.

—No es una predicción y lo va usted a ver en seguida. Si nosotros sabemos que esta clase de ataque es realizable, «ellos» también lo saben. Es imposible que lo ignoren; existen antecedentes, además. Utilizando la atmósfera radioactiva de Marte se han intentado efectuar agresiones a la Tierra por otros planetas inferiores. Eso por una parte; por otra, los habitantes de Massa Bhira disponen de ese único recurso para vengarse de la negativa de Devan Costigan. Puestos a perecer ellos, perecerá la Humanidad terrestre también. Es una ley que rige el Universo: morir matando.

Brunner se acarició la barbilla pensativamente.

—En todas las épocas ha surgido un hombre capaz de salvar a la Humanidad —dijo—. ¿Vamos a ser menos afortunados esta vez?

—Dios únicamente puede escoger a ese hombre. Y quiera El haberlo escogido ya... —replicó Mougham poniendo fin a la conversación.

# CAPITULO VIII

## EL TIEMPO ABRE SUS PUERTAS

Mi abuelo legó el secreto a mi padre y éste a mí —declaró Lee Bratuchin—. Nadie más en el Universo lo conoce. En el año 1980 se promulgó un decreto castigando con pena de muerte toda experimentación sobre el espacio-tiempo. ¿Se da usted cuenta ahora?

Lance King mantuvo la vista en el profesor.

—¿Quiere decir que el experimento no se ha vuelto a repetir? —preguntó.

Bratuchin estudió por unos momentos a King.

—Se ha repetido infinidad de veces con el exclusivo fin de reparar el error cometido con usted. Le hemos estado buscando, mi padre y yo, arriesgándonos a ser descubiertos por la policía. El ayudante de mi abuelo, Derek Braum, confesó sus manipulaciones en el «Métrico-Tempo», y así pudimos calcular que le habían proyectado a usted a una distancia de setenta y cinco a cien años. Pero como comprenderá la tarea resultaba ímproba. Incluso llegamos a suponer que había muerto en el experimento.

Una sonrisa escéptica apareció en las comisuras de los labios de King.

—Es difícil imaginar de qué medios se han valido ustedes para buscarme —dijo.

—Por el contrario, es muy sencillo —repuso Bratuchin—. Le explicaré cómo lo hice yo. Primeramente elegía una fecha determinada y después graduaba en consecuencia el «Métrico-Tempo»; me introducía en la máquina y efectuaba el «salto». Una vez situado en el tiempo previsto procedía a buscarle. Publicaba anuncios en los periódicos, indagaba en las comisarías y sanatorios e incluso me ponía en contacto con las autoridades federales de otros estados. Y todo para nada —Bratuchin sonrió—. Es curioso que cuando ya había renunciado a encontrarle se presente usted de esta manera. Claro es que hasta cierto punto era lo previsible.

—¿Cómo se las arreglaba para regresar a «su tiempo»?

—Tengo instalado el «Métrico-Tempo» en una caverna de las Mountains Hils. Salgo y entro con entera libertad. Muchas cosas tendrían que suceder para que la máquina desapareciese. En un lugar como ese, ignorado de todos, los años son apenas segundos.

—Dijo usted antes que había renunciado a buscarme. Quizá lo dio por imposible...

El semblante del anciano reveló preocupación.

—No exactamente —contestó—. A partir del ultimátum de Massa Bhira tuve miedo. Probablemente, un nuevo desplazamiento a solo unas semanas de distancia me habría llevado a un mundo totalmente distinto, desprovisto de seres humanos y en unas condiciones inhabitables. Prefiero consumir tranquilamente el poco tiempo que a nuestro planeta le quede de vida.

—Luego usted cree que la Tierra saldrá derrotada de este trance ¿no es cierto?

Lee Bratuchin se echó hacia atrás en el sillón y entornó los ojos.

—Estoy convencido de ello —replicó.

—Tiene usted el remedio para escapar de la destrucción.

—Remontándome al pretérito. ¿Es eso lo que insinúa?

King asintió.

—No —denegó el científico—. Quiero asistir al último cuadro de la representación. Es un privilegio que el destino nos ha reservado a los mortales del siglo veintiuno y al cual no puedo ni debo renunciar. Dígase lo que se diga, el espectáculo será digno de ser presenciado.

Lance creyó llegado el momento oportuno para exponer el pensamiento que le atormentaba. La fascinante conversación con el profesor había tomado el derrotero propicio para ello. Es más, en el transcurso de la misma albergó la convicción de que Bratuchin iba a anticipársele en sus propósitos.

—Bien, señor Bratuchin, estoy en sus manos —dijo sin que sus facciones dejaran traslucir la menor emoción—. Usted me buscó; ya me tiene.

Bratuchin se inclinó con una sonrisa obsequiosa.

—¿Lo desea ya o prefiere vislumbrar el principio de la hecatombe?

King consultó el reloj. Faltaban cinco minutos para la cita en el «Kaloomé» con Eldreth. Por un lado ansiaba retornar a «su tiempo», a sus amigos, a los lugares conocidos; por otro, sentía que un invisible lazo le unía al presente con una fuerza que le arrastraba a la vacilación. ¿Estaría enamorado de Eldreth? La pregunta le hizo sonreír.

—¿En qué piensa, amigo? —inquirió Bratuchin al observar su expresión.

King se puso en pie.

—En una mujer: una hermosa mujer del siglo veintiuno.

—Rechace la idea. A mi abuelo le costó la vida los remordimientos. Usted hará el viaje solo... si no prefiere quedarse.

—Vendré a verle mañana.

Bratuchin le acompañó hasta la puerta.

—Confío en su discreción. De ella depende su suerte y la mía. Esa muchacha no debe saber nada.

—Mi agradecimiento hacia usted no me permitiría traicionarle. Además, no olvido que es usted la única persona que puede salvarme.

King encontró a Eldreth a la entrada del «Kaloomé». Sus facciones revelaban la inquietud y el desconcierto.

— ¡Ha tardado usted mucho! —exclamó a guisa de saludo— ¡Creí volverme loca esperándole!

King la siguió al interior del local. Habían muy pocos parroquianos, quizá por lo temprano de la hora.

—Pasan tres minutos de lo acordado —dijo él intentando bromear—. Es usted impaciente de veras. ¿Cómo pudo reconocerme?

Eldreth se mordió los labios. Era evidente que le molestaba anticipar una explicación al imperioso motivo de la cita.

—Por la voz principalmente. Luego demostró que no tenía la menor idea de lo que allí se estaba tratando. Además incurrió en un error al decir que había hablado con Hyrha. Nadie ha «hablado» con Hyrha y solo usted y yo lo sabemos. ¿Por qué lo hizo?

—En primer lugar creo recordar que nos tuteábamos. ¿Dura todavía tu rencor?

—Bien, dejemos eso a un lado. ¿Por qué lo hiciste?

—¿El qué?

—Suplantar al verdadero G-Nielsen 3.

King se encogió de hombros sonriendo.

—Tuve curiosidad.

—¿Dónde está ahora él?

El joven tardó unos instantes en contestar. Finalmente decidió que podía confiarse a Eldreth.

—G-Nielsen murió.

— ¡Santo Dios! —Eldreth abrió los ojos desmesuradamente— ¿Lo mataste tú?

King hizo un gesto de protesta.

—Te contaré lo sucedido...

— ¡No hay tiempo! Me basta saber que no fuiste tú. ¿Sabes que en el transcurso de tres horas las astronaves de Massa Bhira han arrasado San Francisco, Londres, El Cairo y Melbourne? ¡Los cuatro principales depósitos de bombas nucleares!

—Sabía lo de San Francisco —replicó él percatándose por vez primera del trascendental papel que inconsciente estaba jugando en aquel envite del destino—. Y a propósito, Eldreth, jamás pude imaginar que anduvieras mezclada en un asunto semejante. ¿Cómo se te ocurrió?

—Es demasiado largo de explicar —la joven se agitó impaciente en el asiento—. Soy fiel desde luego a la Humanidad. Si me viste allí fue por que... en fin, porque no me importa morir si a cambio de ello puedo contribuir a la salvación del mundo. Y quiero que me ayudes, Lance. A ti tampoco te importaría sacrificarte ¿no es cierto?

King enarcó las cejas. Era aquella una proposición que no esperaba en absoluto y que de aceptarla desmoronaría por completo sus planes.

—Me temo no estar suficientemente preparado para afrontar una situación así.

Una expresión de desencanto nubló el bello semblante de Eldreth.

—¿Tienes miedo acaso?

King enrojeció El desdén que entrañaba su pregunta caló hasta lo más íntimo de su ser.

—No es miedo, precisamente —replicó con acentuada frialdad —. Yo no tengo nada que ver con vuestros problemas de supervivencia. Anoche te referí cuáles eran mi origen y mi posición, y no lo creíste. Soy un ciudadano del tiempo al que no afectan los derechos y obligaciones de los demás. Probablemente, en el momento menos pensado, seré descubierto por la policía y acusado del asesinato de G-Nielsen. Y más probablemente todavía, seré enviado a las prisiones de Marte.

Las pupilas de Eldreth adquirieron un extraño brillo.

—Directa o indirectamente eres el responsable de la destrucción de cuatro ciudades —declaró con sequedad—. ¿Lo ignorabas, por ventura?

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de King.

—¿Quieres repetirlo otra vez? —en su asombro no se apercibió de la presencia del camarero que en aquel momento servía las consumiciones solicitadas por Eldreth.

La joven esperó unos instantes y habló nuevamente

—Escucha bien, King: no tenemos un minuto que perder. Voy a procurar hacer una exposición de cómo están las cosas. Si hay algo que no entiendes, te agradeceré lo pases por alto. En otra ocasión te lo referiré con más detalle. Aquí, en Los Ángeles, capital de la Confederación Mundial, se halla establecida la sede de Hyrha, el Autarca de Massa Bhira; una avanzada de sus fuerzas de ocupación constituida posiblemente por un solo individuo. Valiéndose de su diabólico poder pudo reunir los ocho miembros del Consejo de la Salvación. Mi caso es idéntico al de los demás: hace un par de semanas recibí una comunicación para entrevistarme con un tal H-Wheston que vive en Circle Road 7. Parecía tratarse de un asunto de vida o muerte, así es que decidí asistir a la cita. Una doncella me hizo

pasar a un gabinete en el que no había nadie Luego perdí el conocimiento. Al recobrarlo me encontraba en casa nuevamente. No recordaba nada. Sin embargo, mi mente estaba dominada por unas instrucciones fijas. Debería simultanear mi trabajo en la peluquería con la substitución en los servicios de la enfermera del Ministro de Navegación Estelar. Durante tres noches consecutivas inyecté dosis de una droga llamada «assaian», de la que tampoco tengo idea de cómo llegó a mí poder. Mi tarea concluiría al aplicar la quinta dosis. La voluntad del Ministro seria fácilmente sometida a otras nuevas instrucciones que recibí del miembro Número Seis del Consejo. Todas las flotas estelares terrestres deberían ser puestas, en un momento determinado, a disposición de Massa Bhira para llevar a cabo el plan de invasión.

—Un momento —interrumpió King—. Si tú tenías pleno conocimiento de la traición que cometías, o ibas a cometer ¿por qué no denunciaste el caso a las autoridades?

Eldreth sonrió con amargura.

—Aún hay más —respondió—. Sé positivamente, como lo saben también los demás miembros del Consejo, que aquella noche se puso un límite a mi vida. ¿Ves este pinchazo? —Eldreth mostró su desnudo brazo—. Me administraron una droga de muerte lenta. Sus efectos culminarán dentro de veinticuatro horas. Si durante ese lapso de tiempo no me inyectan el antídoto correspondiente dejaré de vivir. En el mismo caso que yo están todos. Supongo que ello es lo que los ha convertido en traidores. Por el contrario, yo he adoptado la resolución extrema de captar todos los planes del Consejo y, finalmente, denunciarlos a Devan Costigan. Ya te dije antes que no me importaba morir.

—¿Y los demás?

—Si cumplen las instrucciones y la invasión se realiza con éxito recibirán la recompensar el antídoto y la emigración a Tierra-2.

Era tan absurdo lo que había escuchado y, sin embargo, tan diabólicamente real que King se sintió horrorizado. El sudor comenzó a empapar su frente.

—Y... y G-Nielsen 3 ¿qué cometido tenia? —articuló dificultosamente.

—El principal. Míster Wauhgme nos habló de él en la reunión anterior. Nos dijo que el miembro Número Ocho del Consejo se entrevistaría en Massa Bhira con el Autarca y traería las instrucciones finales; el ultimátum definitivo y quizá el arma que destruiría la Humanidad. Cuando te vi hace una hora se me cayó el alma a los pies. Imaginé las cosas más horribles ¡qué sé yo...! Incluso pensé que eras un habitante de Massa Bhira. Luego reflexioné sobre lo que me contaste y me dije que tal vez habías hablado sinceramente. Al

terminar el Consejo indagué acerca de G-Nielsen 3, cuyá documentación me enseñaste aquí mismo anoche. Es el presidente de una cadena de emisoras y desde hace cinco días no se ha sabido de él.

—¿Por qué me achacaste la destrucción de las cuatro ciudades? —inquirió King. Su semblante había adquirido un matiz ceniciento.

—Sencillamente porque si G-Nielsen incumplió las órdenes recibidas en Massa Bhira, el Autarca obró en consecuencia, o sea empezó su anunciada aniquilación de la Tierra. Y ello es lo que tú y yo debemos impedir a toda costa. Dado que mi vida está próxima a extinguirse, tú continuarás la obra.

King se pasó la mano por la frente como queriendo ahuyentar la siniestra significación que paira su futuro entrañaban las palabras de Eldreth.

—No sé... no sé si podré... —murmuró quedamente.

Eldreth fijó sus leonados ojos en el rostro de é! y una ligera capa de carmín coloreó sus mejillas. Aleteó una sonrisa en sus labios.

—Es tan poco lo que puedo ofrecerte a cambio —dijo con voz susurrada—. Si el futuro no tuviera anunciado su final tan pronto... ¿No te has enamorado nunca, King?

Lance se sintió embargado por una dulce emoción. Por un instante, aquellas breves frases le trasladaron a un mundo lleno de promesas y ternuras. Y también le convencieron de que algo más que una amistad unía su espíritu al de Eldreth. Parecía imposible que ello hubiese ocurrido en el transcurso de sólo unas horas. La rebeldía de su temperamento volvió a aflorar a la superficie comunicándole nuevas fuerzas y nuevas ansias de luchar.

Su mano acarició la de la muchacha.

—Empiezo a creer que nunca me enamoré de verdad... hasta ahora... Puedes creerme, Eldreth; combatiré a tu lado y venceremos ¿Te casarías luego conmigo?

— ¡Oh, King...! —exclamó ella con un súbito fulgor de pasión en sus ojos— ¡Me haces la mujer más feliz del mundo! ¿De veras que lo dices sinceramente?

Lance sonrió.

—Nadie me obliga a mentir —replicó—. Y si no te bastan mis palabras pídemelo de otro modo. Estoy dispuesto a comenzar la lucha cuando lo desees. Ahora mismo...

No pudo continuar. Tras asegurarse de que nadie les observaba, Eldreth puso su manita sobre el recio hombro de él y acercándose depositó un beso en sus labios.

La inesperada caricia dejó suspenso a King. Su primera acción fue girar la cabeza en dirección a las mesas.

—No nos ha visto nadie, tonto —recriminó ella, mimosa—. Y por otra parte, tampoco te importaría ¿verdad?

—No, desde luego —contestó King todavía azorado—. Ya no me importa nada en el mundo con tal que me quieras.

—Voy a contarte una historia que te hará reír probablemente —dijo Eldreth acomodándose en la silla para estar más próxima a él—. Da la casualidad de que ocurrió por allá por el año 1957. Tal vez conozcas a la protagonista; se llamaba Carolina Eldreth

King denegó con la cabeza.

—¿Una antepasada tuya? —preguntó.

—-Mi bisabuela. Era una mujer admirable, según he oído contar; su belleza y sus dones no tenían comparación. Se enamoró de un hombre al cual jamás conoció, sino de verle pasar frente a su casa. Carolina vivía en el Paseo de los Rosales, precisamente al lado de donde ahora lo hace el señor Bratuchin que comentamos anoche. Su pasión se convirtió en una enfermedad incurable. Naturalmente él no lo pudo advertir nunca. Un día, Carolina se enteró de que el hombre que amaba había intentado suicidarse tiempo atrás por causa de una mujer. La impresión casi le costó la vida. Luego vinieron los tiempos difíciles para la familia y tuvo que casarse. Murió al tener una hija. Los médicos diagnosticaron que nada justificaba el fatal desenlace. Únicamente el marido conocía la causa: Carolina no quería vivir, no había podido soportar el sacrificio de verse unida a otro hombre distinto del que reinaba en su corazón —Eldreth sonrió—. ¿Te he aburrido demasiado?

—De ningún modo —protestó King extrañamente perturbado por aquella narración—. Pero, dime; Eldreth ¿por qué me lo has contado?

—Mi familia dice que soy el vivo retrato de Carolina —al decir esto el rubor volvió a teñir sus facciones—. Yo creo que ni ella misma podría amar tan intensamente como te amo a ti. Al verte por vez primera presentí que sucedería...

De un oculto altavoz surgió la voz de un locutor. El matiz de gravedad de sus palabras reclamó inmediatamente la atención de ambos jóvenes.

> «... nuevo ataque de Massa Bhira a la población terrestre. Esta vez han sido Berlín y Buenos Aires las ciudades arrasadas. Un portavoz gubernamental ha declarado a los periodistas que existen indicios de un cambio de actitud por parte de Devan Costigan. Es posible que dentro de pocas horas se facilite al mundo un mensaje sensacional. Entretanto se recomienda a los ciudadanos calma y serenidad. A continuación daremos a conocer algunas noticias recogidas por nuestros corresponsales en

Europa y Centroamérica...»

— ¡Vámonos! —exclamó Eldreth poniéndose en pie— ¡Tenemos que evitar que Devan Costigan caiga en la trampa!

King tuvo una inspiración.

—¿Dónde dijiste que vivía H-Wheston? —preguntó al tiempo que llegaban a la calle.

—Circle Road número 7 ¿Qué piensas hacer?

—Ir allí sin perder un segundo. Me parece recordar que dijiste también que H-Wheston era el poder representante del Autarca de Massa Bhira. ¡Mediremos nuestras fuerzas!

—De acuerdo, King —aprobó Eldreth—. Mientras tanto trataré de entrevistarme con Devan Costigan. Le pondré al corriente de la conspiración. Nos veremos en este mismo lugar al anochecer. ¡Suerte, querido!

King la retuvo unos instantes con su mirada.

—Si no volvemos a encontrarnos...

Eldreth puso una mano en sus labios para evitar que continuara hablando.

—Al anochecer —repitió con adorable mohín.

King la vio alejarse. Una voz interior le decía que no volvería a verla jamás.

Y su presentimiento no le falló.

# CAPITULO IX

## ¡APOCALIPSIS!

EL señor H-Wheston? —preguntó King a la doncella que le abrió la puerta.

—¿De parte de quién? —la mujer le escrutó de arriba a abajo con desconfianza.

El joven exhibió su tarjeta de identidad.

—Dígale que G-Nielsen 3 desea verle para un asunto importante.

La doncella se ausentó durante unos segundos. Al reaparecer entregó a King un breve escrito.

—Buenas tardes, caballero —dijo acompañando la frase de un movimiento a la puerta para cerrarla.

—Un momento —King adelantó en lugar de retroceder—. Veamos primero qué es esto.

El escrito decía así.

> «Ha llegado usted tarde. Los designios de Hyrha se cumplirán inexorablemente».

King lo devolvió a la doncella.

—Dígale al señor H-Wheston que...

—Lo siento, es imposible.

Lance reprimió la ira que le poseía.

—No me iré sin verle —declaró con helado acento—. Y no pienso esperar demasiado.

Su resolución causó el efecto deseado. La mujer volvió a internarse en el pasillo que conducía a las habitaciones del fondo.

King estuvo tentado de seguir sus pasos y sorprender a Wheston pero, pensándolo mejor decidió aguardar. Su mirada descorrió curiosa la somera decoración de la casa. Todo parecía indicar que se trataba de un sencillo alojamiento. Sin embargo, algo flotaba en el ambiente que inducía a siniestras reflexiones. Quizá el mortecino fulgor de los candelabros fosforescentes, quizá el peculiar aroma que se respiraba...

Una estatuilla de grotescas formas situada sobre un pedestal, a su izquierda, le llamó poderosamente la atención. Dio un paso para

aproximarse. Esto le salvó la vida.

Un fuerte haz luminoso surgió del extremo del pasillo. El fragmento de panel que un instante antes se hallaba tras la espalda de King desapareció. En su lugar sólo había un gran boquete cuyos bordes ennegrecidos humeaban.

Rápido como una exhalación, King asió la estatuilla y, antes de que se produjera el segundo ataque, la lanzó en aquella dirección del pasillo. Vio a la doncella tambalearse y finalmente caer. Sin pensarlo dos veces, el joven franqueó la distancia que le separaba de ella. Estaba tendida de bruces, probablemente desvanecida. Los fragmentos del ídolo la rodeaban. A un metro de distancia había también un objeto metálico muy semejante a una pistola.

King la recogió al tiempo que avizoraba cautelosamente las proximidades. Era un arma de cañón muy estrecho y puntiagudo. El gatillo consistía en un simple botón nacarado.

Se incorporó lentamente. El fracaso de la tentativa de asesinarle y la posesión del arma infundióle una considerable confianza en sí mismo.

Avanzó cauto hacia una puerta entreabierta de la que salía un resplandor rojizo.

Lo que presenció le erizó el cabello.

Sobre una enorme plataforma cilíndrica vio uno de aquellos «galápagos». En cada esquina de la habitación ardían tres fogatas de las que se desprendía un humo acre y pesado que convertía el aire en una atmósfera casi irrespirable.

¿De modo que aquél era el enigmático señor H- Wheston? La respuesta se clavó en la mente de King de un modo automático. El misterio se había resuelto con claridad diáfana. King ya lo sabía todo...

Permaneció inmóvil un buen rato. Inconscientemente la mano que sujetaba el arma efectuó un giro que la volvió contra sí. Iba a disparar obedeciendo una orden que parecía venir del más allá.

King cerró los ojos y apretó los dientes con todas sus fuerzas. Únicamente tensando los músculos y los nervios podría vencer en la desigual lucha de voluntades. Sintió que la idea del suicidio se alejaba, se desvanecía paulatinamente.

Apuntó ahora al «galápago». El rosario de ojos de este vibró como queriendo desprenderse del borde de la corteza. Un rechinar pastoso e inhumano rompió el silencio.

Sobrepuesto ya del influjo telepático, King experimentó el insaciable deseo de saber lo que aquel caparazón púrpura escondía en su interior.

De un tirón arrancó la barra que sujetaba la cortina del balcón. Sirviéndose de ella como una palanca la introdujo entre el caparazón y la base del pedestal. Con todo el impulso de sus noventa kilos

desplazó hacia arriba al monstruo y lo hizo caer al suelo.

King no pudo contener un grito de espanto. Una horrible red de tentáculos gelatinosos comenzó a hendir el aire con furiosos latigazos. El chirriar de antes se convirtió en una serie de escalofriantes silbidos cuyo crescendo parecía rebasar los límites de lo concebible.

El joven se apartó al tiempo que uno de los tentáculos rozaba su cabeza. Presintiendo que no podría resistir más la contemplación del horrendo espectáculo disparó una y otra vez contra la hirviente pulpa. Del arma partieron sendos rayos azulados que fueron a estrellarse en el blanco.

El «galápago» se esfumó convertido en humo. No quedó de él más que una ligera capa grasienta impregnando el suelo.

King efectuó un registro de la casa. Nadie más la habitaba. Al salir, la doncella continuaba sin conocimiento.

Ya en la calle se sintió liberado de la enorme tensión nerviosa. Eran cerca de las dos. El sol lucía en el cénit contribuyendo con su esplendor a la magnificencia de aquel día de primavera.

Pero King, lejos de encontrar alivio en su inicial victoria, experimentaba una angustia mortal. Sobre su conciencia pesaba la mayor carga que un hombre podía soportar: «sabía...» ¡«sabía todo...»! Sabía que la totalidad de las astronaves de Massa Bhira se hallaban sobre la ruta que les conduciría a la Tierra; que sus proyectiles electrónicos caerían, sin excepción, en los depósitos de bombas nucleares; que los cálculos astronómicos del Autarca Hyrha eran erróneos y que el cometa Encke se precipitaría dentro de unas horas contra su planetoide; que su doble Encke-2, arrastrando la atmósfera envenenada de Massa Bhira, atravesaría la terrestre como remate de la diabólica venganza: que la Tierra, arrasados sus núcleos principales por la destrucción de los depósitos de bombas, dejaría de ser un planeta habitable por causa de las emanaciones radioactivas que el cometa Encke-2 dejaría tras de sí; sabía que antes del anochecer, a las ocho y media aproximadamente, habría sobrevenido el fin definitivo... Y sabía por último, que nada ni nadie podría evitar que la catástrofe se consumara.

Todo este caudal de conocimientos lo había adquirido en el breve transcurso de unos segundos. Las sobrenaturales dotes telepáticas del pseudo H-Wheston habían obrado el prodigio.

Acudió a su mente el recuerdo de Eldreth. Tenía que encontrarla inmediatamente. Quizá pudiera salvarla aún. Todo dependía de que Lee Bratuchin accediera a sus deseos. La llevaría consigo al siglo veinte; o mejor todavía... ¡Cómo no se le había ocurrido antes!

Una fantástica idea acababa de infiltrarse en su mente. La inspiración le cegó como mil soles que girasen alrededor suyo. ¡Él era el hombre que tenía que salvar a la Tierra! ¡Y el remedio se hallaba al

alcance de su mano! Por una vez en la historia del Universo el futuro seria desplazado, borrado del Cosmos, transmutado por otro período totalmente distinto

No llegó a preguntarse siquiera si estaría loco, tales eran sus incontrovertibles razonamientos.

De repente vio a la gente correr aterrorizada. Un gemir de sirenas estremeció todos los ámbitos de la ciudad. ¡La alarma! No cabía otra significación.

King detuvo en su carrera a uno de los viandantes

—¿Dónde está la casa presidencial? —le preguntó con el pensamiento puesto en Eldreth.

Un horrísono estruendo hizo retemblar el suelo. Simultáneamente el cielo se vio surcado por infinidad de astronaves de origen extraterrestre. Una manzana de quince pisos se disolvió en el aire al final de la calle. La onda expansiva arrojó a King a larga distancia.

Un hombre se levantó a su lado.

— ¡Ha sido a menos de trescientas millas! —exclamó— ¡ La próxima nos destrozará a todos!

Una avalancha de gente se les vino encima procedente del sector sur de la ciudad. El pánico les hacía conducirse como una jauría de perros rabiosos. Los cuerpos de los caídos eran bestialmente pisoteados por hombres y mujeres de las más diversas condiciones sociales. Las aceras deslizantes quedaron paralizadas por las roturas de sus cables.

Alguien gritó: «¡El Palacio Ministerial ha sido destruido...!»

A King le flaquearon las piernas al oír la terrible noticia. Ya no había nada que hacer con respecto a Eldreth. A juzgar por el expresivo ademán de aquel que lanzó el grito, el Palacio se hallaba situado en la zona afectada por la explosión.

Las más aterradoras escenas se sucedían a un ritmo vertiginoso. ¡Era el fin del mundo! ¡El apocalipsis anunciado en los orígenes de la civilización!

King se orientó a duras penas. Lo único que le animaba a vivir era su quimérica esperanza de salvar a la Humanidad. Con la agilidad que le prestaba su frenética desesperación atravesó calles y más calles hasta desembocar finalmente en el Paseo de los Rosales.

El corazón le dio un vuelco al ver a Lee Bratuchin a la puerta de su casa avizorando ansiosamente a cuantos pasaban por su lado.

El semblante del profesor se iluminó de alegría al ver a King.

— ¡Santo Dios, qué peso me ha quitado de encima! —exclamó — ¡Creí que haría tarde! ¡Vámonos inmediatamente a las Mountains Hils! ¡Tengo preparado mi aeromóvil!

En un ascensor subieron hasta la gran terraza del edificio. Media

docena de extraños vehículos se hallaban aparcados allí.

Bratuchin le invitó a entrar en uno de ellos. Luego hizo él lo propio acomodándose frente al salpicadero.

El aeromóvil se elevó en silencioso vuelo por encima de los rascacielos.

Era un espectáculo impresionante contemplar el pulular de aquel enloquecido hormiguero humano. Más de media ciudad era pasto de las llamas. El horizonte visual que se extendía alrededor de la nave era solamente una nube espesa y rojiza, remolinante en mil torbellinos fantasmagóricos.

—Es horrible... pero hermoso —murmuró Bratuchin—. El egoísmo nos hace pensar así. Siempre anhelé que mi muerte coincidiera con el cese de la Existencia. Nada después de mí... Mis huesos se calcinarán con el polvo de los rascacielos. Adiós, vanidad y orgullo; todos somos iguales en esta suprema hora. Resta solamente la discriminación redentora...

Una explosión más potente que la anterior ahogó las palabras del profesor. Un resplandor vivísimo iluminó el cielo. El sol fue borrado por la inmensa llamarada que pareció surgir por todos los ámbitos estelares. La terrible onda expansiva sacudió a la nave cual si fuera un simple papel arrojado al viento.

—Dentro de unos minutos llegaremos a las Mountains Hills —dijo Bratuchin—. Dios quiera que las detonaciones no hayan afectado al «Métrico Tempo».

King se removió inquieto en el asiento. Su mirada captó el fugaz paso de unos objetos oscuros a través de las nubes de humo: las astronaves de Massa Bhira.

—Escuche, profesor —dijo escrutándole con una extraña curiosidad—: ¿En qué época comenzó a desarrollarse la navegación estelar? Por parte de la Tierra, me refiero.

—En el año 2000 nuestras naves ya poseían una autonomía que les permitía desplazarse a lo largo y ancho del Sistema ¿Es eso lo que quería saber?

King asintió con la cabeza.

—¿Vivía su padre entonces? —volvió a preguntar.

Esta vez fue Bratuchin quien afirmó.

—¿Qué idea lleva en la cabeza?

King sonrió levemente.

—Usted se opondrá, con toda seguridad —contestó—. Me gustaría tener en mis manos los medios necesarios para poder obligarle.

—¿Obligarme? ¿A qué?

El joven rebuscó en su vocabulario las palabras más elocuentes, sin que éstas llegaran a revelar su verdadero propósito.

—¿Accedería usted a desplazarme al año 2000? —preguntóle.

—Naturalmente... si existe alguna causa que lo justifique.

King no contestó en seguida. La inesperada respuesta del profesor hizóle considerar la conveniencia de desvelar su secreto. Finalmente se decidió en pro de la cuestión.

Durante un par de minutos habló sin interrupción. La concisión de su relato no restó detalle alguno interesante.

Al concluir, Bratuchin se le quedó mirando fijamente.

—Absurdo —dijo—; absurdo... y, sin embargo, genial. No sé lo que sucederá, pero voy a darle la oportunidad para que lo intente.

La excitación brilló en los ojos de King.

—¿De veras, profesor? —inquirió con ansiedad— ¿No se burla de mí?

—En absoluto —replicó Bratuchin con la mayor seriedad—. Pero antes quiero que me dé su palabra de honor sobre una cosa.

—Puede confiar en que la cumpliré.

—Cuando su labor haya concluido, tanto si fracasa como si triunfa, acudirá a ver a mi padre. Debe usted regresar al año 1957 y destruir el «Métrico-Tempo». ¿Prometido?

—Prometido.

El aeromóvil planeó sobre una ondulante colina y fue a posarse en un pequeño claro del bosque.

Los dos hombres se apearon del vehículo y se internaron por una senda que conducía a la espesura.

King caminaba lentamente detrás del profesor. Ahora que ya había dejado atrás la dantesca aniquilación sentía una infinita paz de espíritu matizada nostálgicamente por el recuerdo de Eldreth. Aquella despedida había sido la definitiva. Muy pronto, medio siglo le separaría de ella.

Llegaron hasta la caverna. Era ésta una gran oquedad tallada en roca viva. El musgo y los arbustos crecían en su derredor hasta hacer invisible la entrada.

Bratuchin penetró en ella seguido de su acompañante.

—¿La reconoce? —preguntó el profesor señalando la brillante estructura del «Métrico-Tempo».

Una extraña desazón se apoderó de King al contemplar la máquina causante de su odisea.

—Es la misma ¿verdad?

—Llegó a mí a través de tres generaciones —contestó Bratuchin— ¿Preparado?

King afirmó emocionado.

—Adelante, pues —el anciano le tendió la mano—. ¡Buena suerte, muchacho!

King vaciló.

—¿Por qué no viene, profesor? —inquirió roncamente.

Bratuchin rió.

—Ya se lo dije antes. Quiero verlo todo con mis propios ojos.

Sonó en la lejanía otra aterradora explosión. El suelo tembló violentamente. Una de las paredes de la caverna se resquebrajó por la base. Algunos guijarros rodaron hasta el «Métrico-Tempo».

— ¡Dese prisa, por favor! —apremió Bratuchin— ¡Un minuto de retraso podría revestir fatales consecuencias !

King abrió la portezuela de la gigantesca esfera y se introdujo en ella. Su anterior experiencia le reveló de preguntas innecesarias.

Desde el exterior, Bratuchin agitó el brazo en señal de despedida.

King cerró la portezuela. Preso de una ansiedad sin límites aguardó a oír los tres golpes indicadores de que Bratuchin había ajustado los controles. Los cálculos no eran complicados, toda vez que una aproximación de meses era suficiente para la realización de sus planes.

¡Uno...! ¡Dos...! ¡Tres...! Los golpes sonaron en la metálica armazón.

King tiró de la palanca hacia atrás. Todo se borró de su mente por un instante. Luego sobrevino la quietud...

* * *

Una a una, las reservas nucleares enclavadas en los más diversos lugares del Globo expandieron su terrorífico poder destructivo, pulverizando las ciudades e incluso haciendo desaparecer islas enteras.

Las astronaves de Massa Bhira, imperfectamente dotadas para los combates, poseían sin embargo un arma infalible para llevar a cabo su exterminadora misión; el vibrador ultrasónico. Un emisor ondulatorio dotado de sensibilizadores capaces de captar las infinitesimales radiaciones desprendidas de los depósitos nucleares. Las vibraciones ultrasónicas, abriéndose paso a través de las murallas de concreto y granito, provocaban la auto desintegración de las bombas almacenadas.

La ola de pavor rebasó todo lo imaginable. El instinto de conservación convirtió en fieras a los hombres. Y entonces pudo verse cuán frágil y superficial era el barniz de civilización que los siglos habían depositado sobre aquéllos. Sólo en los últimos instantes, cuando la sombra de la muerte desvanecía el hálito de esperanza que anidaba en cada corazón, otro temor infinitamente más poderoso redimió del salvajismo a la humanidad: el temor a Dios.

Entre el humo, las llamas, el salpicar de barro en las ciénagas,

en cualquier lugar del orbe, cuando el caos tocaba a su fin, las oraciones se elevaron suplicantes al Sumo Hacedor, implorando su misericordia.

A la tempestad sucedió la calma. En las zonas selváticas y parajes aislados de las ciudades, comenzó a resurgir el soplo de la vida. Las primeras noticias inalámbricas revelaban datos impresionantes. Dos terceras partes de la población terrestre habían sucumbido. En la Antártida se organizó un servicio de salvamento al que secundarían las flotas estelares de Mercurio y Saturno. La emigración debería realizarse antes de las veinticuatro horas siguientes, a fin de que la radioactividad latente en la atmósfera no hiciera presa en los supervivientes.

Pero, contra toda esperanza, aquello fue sólo el preludio, el primer tajo de la guadaña apocalíptica. El segundo, el que segó definitivamente la escasa manifestación de vida reinante, fue asestado unas horas más tarde.

A las ocho y treinta y siete minutos de la noche, el cometa Encke-2, puntual a la cita, trazó su inmensa estela luminosa en la atmósfera terrestre y se perdió en la ignota negrura de los espacios siderales, dejando tras de sí el mensaje de muerte que un planetoide insignificante enviaba a la Tierra.

¡Se había cumplido el postrer designio de Massa Bhira!

# SEGUNDA PARTE

## LA DESTRUCCIÓN DEL FUTURO

### I

POR aquellos días finalizaba el año 2007. Siete años habían transcurrido desde la segunda «experiencia» de Lance King. Siete años de aclimatación, enseñanzas, adiestramientos e incesante labor de infiltración en los Centros Experimentales Astronáuticos.

La tarea tocaba a su fin. Una escuadrilla compuesta por cincuenta y dos «Havilland 87», aparatos de radio de acción estelar, se aprestaban a despegar del cohetódromo de White Sands.

Durante los momentos preliminares al lanzamiento, King, desde la cabina de mandos de la astronave comandante, repasaba los últimos acontecimientos. Por su mente desfiló como una proyección cinematográfica todo aquel caminar por una senda llena de dificultades.

Primeramente fue el escabullirse agitado y zozobrante por entre una civilización que desconocía totalmente. Comenzó su adaptación por las aldeas africanas para pasar después a urbes de menor importancia, Más tarde logró graduarse en Ciencias Astronáuticas. Sus conocimientos anteriores le permitieron una amplia visión de los problemas actuales que se tradujo en la brillantez de sus estudios. Luego regresó a Norteamérica, ingresando como piloto de pruebas experimentales. Tardó tres años en mostrarse como lo que verdaderamente era: un hombre revolucionario en ideas y conceptos interplanetarios. Su audacia y su fabulosa carrera convirtiéronle en un héroe popular. Raro era el día en que los periódicos no se ocupaban de alguna de sus hazañas. Ora se trataba de un record de velocidad entre Mercurio y la Tierra; ora del descubrimiento de un planetoide fantasma, perturbador de las mareas y condiciones climatológicas de una región terrestre, ora de las aplicaciones de nuevos instrumentales de precisión...

Y llegó el día en que creyó sazonado el fruto de tantas privaciones y esfuerzos. Había que destruir Massa Bhira, satélite menor de los doce que giraban en torno a Júpiter ¿Motivos? La formidable autoridad lograda por King en las Ciencias Espaciales hizo

posible que Chet Logans, Presidente del Directorio Americano, no opusiera reparos al planteamiento del problema expuesto ante los técnicos del Departamento Astronáutico. Tratábase de averiguar si la eliminación del satélite elegido, traería consigo una superior separación entre los demás, que hiciera posible una mayor lentitud en el movimiento de traslación. Conseguido esto quizá fuera factible convertir dichos satélites en estaciones intermedias aptas para un futuro establecimiento de bases que permitieran la travesía Tierra Júpiter.

La teoría, un falso pretexto largamente estudiado por King no era realmente mala, ni siquiera basada en una burda argumentación. Para los hombres de ciencia resultaba una interesante experimentación; y para él... Para Lance King, el primer pionero del tiempo, la realización del proyecto equivalía nada menos que al desbaratamiento del fatal futuro de la Humanidad.

Ahora que ya estaba todo dispuesto para la larga travesía, King recapacitó una vez más sobre la misteriosa evolución que había sufrido su corazón. Lejos de desvanecerse el recuerdo de Eldreth, cada día que transcurría se acentuaba la rememoranza de sus entrevistas con ella; la deliciosa revelación de su amor, el patetismo de su adiós definitivo. Generalmente, y King podía dar fe de ello, la muerte de un ser querido es dolorosa pero entraña al mismo tiempo la natural renuncia de su presencia y, por tanto, los sentimientos se encauzan por si solos hacia un desvanecimiento progresivo. Pero ahora no sucedía así. Conforme discurrían los meses, los años, King notaba un mayor acercamiento espiritual hacia Eldreth; era una sensación idéntica a la que se experimenta ante la proximidad de una cita.

Las reflexiones de Lance King tomaron un rumbo distinto. Sus pensamientos se detuvieron insistentes en Lee Bratuchin. Una semana tan solo hacía que conociera al segundo miembro de la dinastía; y, como sucedió con el tercero, el encuentro revistió caracteres de acontecimiento. King veló el secreto de su origen, manifestando únicamente al profesor su procedencia del año 1957. Expresóle también sus deseos de retornar a dicha época inmediatamente después de la expedición a Massa Bhira. En esta ocasión, Lance King tuvo que recurrir a mil argucias para ocultar la verdadera razón de sus siete años de peregrinaje. Como si presintiera la existencia de causas extraordinarias. Lee Bratuchin sometió al joven a astutas pruebas nemotécnicas que, en más de una vez estuvieron a punto de hacer tambalear el tinglado de la farsa. Pero felizmente, King salió airoso del trance obteniendo la promesa de Bratuchin referente a su reexpedición al primitivo punto de partida.

En la torre de mando del cohetódromo se encendió una luz

verde; sesenta segundos más tarde se encendería otra señal roja, y otro minuto después las astronaves serían lanzadas al espacio desde sus respectivas catapultas.

King efectuó un último repaso a los instrumentos del salpicadero, cambió instrucciones con sus dos copilotos y se ajustó el cinturón de seguridad.

Al contemplarse en el pequeño espejo frontal observó que apenas había envejecido. El paso de los siete años no dejó huella en su rostro. Al pasarse la mano por el rapado cráneo se dijo que muy pronto podría dejar atrás aquella estúpida moda masculina establecida a finales del siglo. Deseaba poder ver nuevamente su rizada cabellera negra y cuidarla con un esmero que nunca había tenido con ella. Al hacerse esta reflexión sus labios se curvaron en una sonrisa irónica. Muchas personas iban a quedar sorprendidas cuando le vieran aparecer en el año 1957 con el cráneo completamente desnudo. Y no sería el menos sorprendido el primer profesor Bratuchin. Habría que darle una explicación. O no .. Que él mismo hallase la causa.

Resultaría divertido en extremo; lo único divertido de su odisea.

Transcurrió un minuto y después otro. Los cincuenta y dos «Havilland 87» surcaron el aire simultáneamente. La «Operación Massa Bhira» había comenzado.

# II

En la fecha prevista todos los observatorios terrestres enfocaron con sus telescopios la región jupiteriana que abarcaba las órbitas de sus doce satélites. Y unas horas más tarde, la totalidad de los órganos difusores, periódicos y televisión, lanzaban a los cuatro puntos cardinales la formidable noticia: ¡Massa Bhira había sido reducido a polvo cósmico!

# III

Sentado en una poltrona frente a Chet Logans, Presidente del Directorio Americano, Lance King explicaba los detalles de la operación.

—Durante una semana, los equipos de biólogos obtuvieron muestras de la vegetación y estudiaron a fondo la rudimentaria constitución de los seres vivos. En realidad no hallamos nada de verdadera importancia. Si acaso, nos sorprendió que el satélite estuviera dotado de atmósfera propia; una atmósfera deficiente desde nuestro punto de vista y que, sin embargo, bastaba para que fuese posible el desarrollo de ciertas especies.

—¿Y qué hay de esos monos de cinco patas? —inquirió Chet Logans—. Dijo usted antes que Clarence Smill se trajo unos cuantos ejemplares ¿Son inteligentes?

King denegó con la cabeza.

—Cualquiera de los que habitan en África sería un Salomón al lado de aquéllos —bromeó—. Con decirle que la mayoría se mueren de hambre por carecer de la astucia necesaria para buscar los alimentos queda explicado todo. Solamente observamos algunas reacciones extrañas en unos seres parecidos a las tortugas. Daban la sensación de emitir telepáticos mensajes. Clarence Smill efectuó varias vivisecciones al objeto de descubrir la raíz del fenómeno: Creo que presentará el informe un día de estos. Nada de particular, desde luego —agregó King quitándole importancia al asunto.

—¿Respondieron bien las cargas nucleares?

—Con precisión absoluta. El satélite se desintegró a los diez minutos de nuestra partida. Todos los detalles del proceso destructivo fueron captados por los tomavistas. Las cintas estarán a punto de ser proyectadas esta misma noche. Fue algo fantástico y aterrador al mismo tiempo. Sospecho que todos nosotros imaginamos al presenciarlo que algún día la Tierra tendría el mismo final.

Chet Logans sonrió.

—Debo felicitarle, King —dijo—; usted planeó la operación con fines puramente científicos. Yo creo que hemos conseguido un objetivo mucho más amplio. La proyección de la película pondrá en guardia a la Humanidad; una lección semejante jamás se puede olvidar. Hasta ahora persistía la duda de si un cuerpo astral podría ser

reducido a polvo por la mano del hombre; en adelante, la certeza de que ello es posible constituirá nuestra mejor salvaguardia.

—Celebro que mi misión haya sido de utilidad —replicó King—. Y le agradezco infinito la confianza depositada por usted en todos nosotros.

No hay más que hablar, coronel Lance King...

—¿Coronel? —interrumpió el joven, a la sazón teniente experimental de Astronáutica. En sus facciones se reflejaba el estupor.

—Seria un poco prematuro ascender a general. Quizá dentro de unos meses...

King rompió a reír a carcajadas. Esta vez fue Chet Logans el sorprendido.

—¿De qué se ríe usted? —inquirió algo amostazado.

—Perdóneme, señor Presidente —se excusó el joven—. Se me ocurrió algo muy gracioso al decir usted eso.

Y, dentro del mayor respeto, King se reservó la causa de su hilaridad. Porque naturalmente, no podía explicar al Presidente del Directorio Americano que dentro de unos meses, él, Lance King, sería tan sólo un simple ciudadano del año 1957.

# IV

—¿Resolvió usted los cálculos, señor Bratuchin? —preguntó King preparado ya para el último viaje a través del tiempo.

Lee Bratuchin II, asintió con expresión satisfecha.

—Fue relativamente fácil —dijo—. El «Métrico-Tempo» le trasladará a usted al cinco de mayo de 1957, y precisando aún más, a las veintinueve horas, dieciséis minutos y treinta y un segundos de dicho día. Lo que hace falta es que su memoria le haya sido fiel. Un error de varios minutos podría acarrearle algunas molestias.

—Lo recuerdo perfectamente —declaró King—; es más, albergo la convicción de que no se me olvidará jamás esta fecha.

—Y tampoco el color del traje que llevaba entonces —ironizó Bratuchin observando detenidamente el anacrónico atavío de King—. Tal vez pueda usted engañar a mi padre con respecto a sus prendas, pero ¿qué explicación le dará acerca de la desaparición de su cabello?

King se encogió de hombros; un complicado encogimiento de hombros.

—Lo achacaré a un fallo del «Métrico-Tempo» —replicó sonriendo—; uno más no le sorprenderá.

Bratuchin le estrechó la mano.

—Cuando usted quiera, amigo King —dijo al tiempo que abría la portezuela del «Métrico-Tempo».

Nuevamente sintió King que la emoción le embargaba.

—Gracias, profesor. Quisiera poder agradecérselo...

—Soy yo el que le estaré eternamente agradecido. No olvide que la impresión de perderle a usted costó la vida a mi padre. Usted va a resucitarlo dentro de unos segundos y eso no se puede pagar con nada.

Sobrevino la segunda transición....

# EPILOGO

¡MALDICIÓN! —exclamó Lee Bratuchin al ver surgir del «Métrico-Tempo» la sonriente faz de Lance King— ¡Qué diablos ha ocurrido...! Pero... ¿y tu pelo? ¿Cómo te encuentras, King? No... no me culpes del fracaso...

Lance King cortó con un gesto la deshilvanada verborrea del profesor.

—No tiré de la palanca —explicó—. Me arrepentí ahí dentro. Gracias a Dios me di cuenta a tiempo de lo apreciable que es la existencia.

Derek Braum, ayudante del profesor, escrutó ávidamente a King.

—Juraría que ese no es el traje que llevaba antes —dijo un tanto amoscado—. El otro tenía tres botones...

King se llevó la mano a la cabeza.

—También antes tenía una hermosa cabellera —comentó humorístico—. Mucho me temo que el invento de ustedes no esté lo debidamente perfeccionado. Tendrán que experimentar nuevas veces... con otro conejo de Indias.

Lee Bratuchin dio una vuelta completa en derredor de King para observarle con todo detenimiento.

—No lo comprendo —dijo—. Ha variado hasta el color de tus calcetines. ¿No... no te sientes indispuesto?

King esbozó una alegre sonrisa.

—En la vida me he encontrado mejor —contestó—. Me parece despertar del más bello sueño que imaginarse pueda. A partir de hoy seré un hombre enteramente feliz.

—Menos mal que se ha conseguido algo —murmuró Bratuchin todavía perplejo por el incomprensible fracaso—. Entonces... ¿no quieres volver a intentarlo?

— ¡Ni hablar de ello siquiera! —protestó King con un gesto de cómico horror.

Muy pálido, con visibles muestras de nerviosismo, Derek Braum se interpuso entre los dos hombres.

—Yo creo que debería explicarle algo, señor Bratuchin —dijo con voz trémula—. Sin darme cuenta equivoqué el cruce de emisiones. En lugar de calcular un retroceso ajusté el «Métrico-

Tempo» para un salto adelante de cien años. No... no sé cómo pude hacerlo. ¡Perdóneme, profesor!

La expresión de asombro de Bratuchin se acentuó.

—¿Es cierto eso? —preguntó amenazador.

Terció King para conciliar:

—No se enoje, profesor. Sin proponérselo, su ayudante me ha prestado un gran favor. De todos modos, el experimento hubiera fracasado. ¿Por qué no renuncia a esa quimera? Sólo puede acarrearle disgustos... tal vez la muerte. Deje que el tiempo trace el destino de cada cual; el futuro y el pasado no nos pertenece...

—Sí, será mejor —dijo Bratuchin reflexivamente—.

Quizá esto sea un aviso de Dios. Ahora han sido su pelo y su traje; mañana puede costar una vida. Te doy mi palabra de honor, King, de que el «Métrico-Tempo» será destruido.

King respiró aliviado por el fácil desarrollo del desenlace. En aquellos instantes sintió una inmensa pena hacia el profesor Bratuchin. Todas las ilusiones de éste se habían venido abajo para siempre. No habría más experimentos.

Al salir de su casa y contemplar los familiares objetos, el parecido deslizar de los vehículos, la tersura del azul del cielo de primavera, su alma se inundó de un infinito agradecimiento hacia Dios.

Parecíale mentira volver a vivir en «su tiempo», en aquel glorioso día de mayo de 1957, el lado de sus viejos amigos y rodeado por un ambiente cálido y acogedor. Nadie más que él sabía de la tremenda odisea por la que pasó. Y era curioso que no esperase ni deseara el merecido premio. Claro es que ¿qué mayor premio podía anhelar que la íntima satisfacción producida por haber salvado a la Tierra? Un hombre gris, un don nadie del siglo XX, había realizado la increíble hazaña de desdoblar el futuro, de cambiar el rumbo de los acontecimientos y escoger una nueva era plena de prosperidades y dichas.

Sería faltar a la verdad, sin embargo, afirmar que King sentíase alejado de dudas. ¿No habría sido todo un sueño, una febril agitación de pensamientos? Si al menos tuviera a su alcance algún medio de comprobar lo sucedido...

Una exclamación de sorpresa proferida por labios femeninos le sacó de su abstracción.

— ¡Oh, se ha cortado usted el pelo...!

King posó distraído sus ojos en la muchacha que le había interpelado. La cabeza comenzó a darle vueltas y sus piernas flaquearon.

¡Porque la muchacha era la viva imagen de Eldreth!

—¿Qué le ocurre? ¿Se siente usted mal? —preguntó solícita aquélla.

King la asió nerviosamente del brazo.

— ¡Dígame! ¿Cómo se llama usted?

—Carolina, Carolina Eldreth...

— ¡Santo Dios! ¡Entonces... es usted!

Carolina mostró una discreta sorpresa.

—¿Me conoce acaso? —el rubor coloreó sus mejillas.

King respiró profundamente. Aquella era la prueba definitiva. El futuro le estaba obedeciendo todavía. Allí estaba Carolina Eldreth, la bisabuela de la mujer que conoció en el año 2057, la apasionada mujer que murió de amor... Una pregunta latió con terrible fuerza en la mente de King. Y no tuvo más remedio que, desoyendo todo deber de cortesía, formularla aun a trueque de caer en el ridículo.

—Escúchame, Carolina: ¿estás enamorada de mí?

— ¡Oh...! —la joven retrocedió un paso asustada. Pero el fulgor de sus pupilas evidenció que el tiro había dado en el blanco.

—Perdóneme —se excusó King enrojeciendo a su vez—. No sé cómo pude preguntarle eso. ¡Qué pensará usted de mí...!

La expresión de Carolina se dulcificó.

—La culpa fue sólo mía —declaró—. ¡Me extrañó tanto verle con el pelo cortado!

—Ha sido cuestión de amor propio. Hice una apuesta con un amigo y ya ve. Créame que estoy arrepentido, aunque nada más sea por la decepción que le he causado.

—Realmente no le sienta demasiado mal —Carolina contuvo la risa que asomaba a sus labios—. Pero, dígame: ¿por qué se sorprendió al saber mi nombre?

King pensó rápidamente la respuesta.

—Oí hablar mucho de usted, de su belleza, de sus dones privilegiados. No se puede formar una idea de cuánto anhelaba conocerla. Y puedo asegurarle, con toda sinceridad, que no solamente no me ha defraudado sino que las alabanzas escuchadas son un pálido reflejo de lo que ahora representa usted para mí.

—Muy galante, señor...

—Lance King. Y no es galantería, Carolina, si me permite llamarla por su nombre.

Carolina sonrió a la vez que echaba a andar lentamente.

—Nunca imaginé que nuestra amistad comenzara así —dijo—. De todas formas, lo prefiero. En la espontaneidad es cuando verdaderamente se conoce a las personas. Usted me preguntó si yo estaba enamorada de...

— ¡Por favor, no lo nombre! —interrumpió King— Fue una estupidez.

—Pero yo le voy a contestar. Si estoy enamorada de usted. Ya lo ve, espontaneidad pura. Pero no se figure que ello ha de darle

alguna ventaja... Cuando me case con un hombre, necesariamente habré de saber antes que me ama de veras. No he flirteado jamás, supongo que no lo ignorará.

—Así es —y King no mentía. Súbitamente agregó—: Carolina ¿te casarías conmigo?

—Si respondes al ideal que tengo formado de ti, puedes contar con ello —replicó tuteándole también—. El tiempo lo dirá...

—¡Oh, el tiempo! —exclamó King sin poderlo evitar.

—¿Qué te sucede? ¿Te asustan unas relaciones de varios meses?

—Por el contrario, constituirán mi mayor felicidad... por el momento.

— ¡Querido...!

King se detuvo e intentó besarla.

— ¡Oh, no! —protestó ella escandalizada— ¡Qué dirá la gente! Recuerda que todavía estamos en el siglo XX.

King se echó a reír y la asió del brazo.

—No sabes, vida mía, la verdad tan grande que acabas de pronunciar. ¡Estamos en el siglo XX!

# FIN

# ÍNDICE

# COLECCION
# LUCHADORES DEL ESPACIO

## TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White.*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1, en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*
11.—La abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*

42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H. White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H White*
70—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.*
71.—Heredo un mundo, *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White.*
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice.*
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur.*
76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling.*
77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*
78.—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley.*
79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*
80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice.*
81.—«Ellos» están aquí, *George H. White.*
82.—El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley.*
83.—La gran amenaza, *Profesor Hasley.*
84.—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling.*
85.—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White.*
86.—Despertar en la tierra, *Larry Winters.*
87.—El mundo perdido, *Larry Winters.*
88.—La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley.*
89.—El hombre de ayer, *Profesor Hasley.*
90.—Lance King: Pionero del tiempo, *Karel Sterling.*

La más intensa emoción campea en las impresionantes aventuras de unos hombres audaces que, en plan experimental —sólo en plan experimental—, pensaron ir a Mercurio, el planeta más cercano al Sol.

Desde la primera página de esta excepcional novela.

C. AUBREY RICE

consigue acaparar la atención del lector.

## LA MUERTE FLOTA EN EL VACIO

Campos artificiales de atracción radiactiva, teletransmisión de energía nuclear... y el tremendo peligro que implicaba la presencia de unos desalmados seres que habían descubierto el suero de la eterna juventud.

## LA MUERTE FLOTA EN EL VACIO

Así se titula el sorprendente libro que publicará en su próximo número la Colección

*Luchadores del Espacio*

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*